

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, ABRIL 21 DE 1934 — No. 37

VISTO Y OIDO ★ *Piadosos Asaltantes Budistas* ★ por PREMIANI



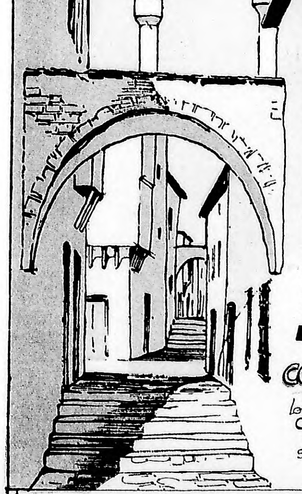
EN EL TIBET HAY MONJES QUE COMPONEN BANDAS para ASALTAR a las CARAVANAS.

EN la INDIA las VACAS son SAGRADAS. CIRCULAN por las CALLES SIN SER MOLESTADAS por NADIE. A VECES se INTERRUMPE el TRÁFICO para DARLES PASO











La Isla del Dr. Hitler

¿CONOCE usted la historia de la isla del doctor Moreau?

Extraviada en la inmensidad del mar Austral, una pequeña isla ausente en los mapas de los navegantes del océano, sumergida en las ondas tumultuosas y en el infinito del horizonte, sirve de asilo a un sabio enigmático que pretende conocer loss ecretos de la creación.

Hostigado, obseso por una fiebre mística y teniendo fe en su vocación divina, el doctor Moreau se entrega a raras experiencias. Desafiando todas las leyes de la moral humana, hunde su bisturí convulsionado en el cuerpo de las pobres bestias vivientes, capturadas y amarradas a la mesa de operaciones por sus siniestros acólitos. Asierra los huesos, arranca la piel, fracciona los miembros, disloca las articulaciones, corta las venas, y su bisturí hace milagros... ¡ los animales, no ha mucho felices y audaces habitantes de la maleza, se transforman en monstruos repugnantes, aterradores, deformes, arrastrándose a los pies del amo y besando su látigo...

Al escribir esta historia hace unos veinte años, H. G. Wells, pese a su fantasía, seguramente no se habría imaginado que en 1918, en pleno corazón de Europa, hubiera alguien que imitara el ejemplo de su triste héroe... Sin embargo, vengo de visitar una isla de pesadillas, semejante a aquella de que habla Wells, situada en Baviera, en Dachau. donde algunos obsesos, teniendo ellos también fe en su vocación "divina", se entregan a experiencias no menos funestas y no menos crueles que lo que fueron aquellas del doctor Moreau. En Dachau, dos mil quinientos hombres gimen sobre la tabla de operaciones del doctor Hitler, que —con la ayuda de su bisturí y de su látigo—trata de transformar su corazón y su cerebro... El corazón y el cerebro, pues el doctor Hitler ya no toca los huesos, ni hace dislocar las articulaciones; el frágil cuerpo de sus víctimas no le interesa absolutamente; su experiencia es más complicada... Desea saber si es posible que dos mil quinientos hombres vigorosos y decididos olviden su pasado, sus principios, su religión, que repudien sus amigos y sus familias, que renieguen de aquello que creían era la verdad; trata de arrancar los recuerdos y los pensamientos de su cerebro, de matar los sentimientos en su corazón; en resumen, quiere que esos desventurados se transformen en monstruos feroces y sangrientos del proselitismo político, o, por lo menos, en renegados cobardes e incapaces de hacer frente a sus torturadores.

Se dice que ciento cincuenta mil hombres sufren el mismo sino en Alemania. Se pudren en los calabozes de Küstrin, en la fortaleza de Potsdam, en los campamentos de concentración de Oranienburgo y de Dachau. Yo no he visto más que Dachau, gigantesco calabozo a perpetuidad a techo descubierto, donde dos mil hombres encerrados en su jaula de alambre de púas esperan el fin de la monstruosa experienci adel doctor Hitler...

POR

EDMOND DEMAITRE

ILUSTRACION DE FACIO HEBECQUER

Dachau es un pueblecito bávaro situado a una hora de Munich. El autocar en el cual tomo asiento y que sale de la estación de la capital bávara, está lleno por demás. Mujeres ancianas, niños, hombres de todas las edades y todas las clases ocupan los asientos, teniendo sobre sus rodillas paquetes bien liados. Se dirigen hacia el campamento de concentración para llevar a un hijo, a un hermano o a un marido un poco de alimento o un poco de tabaco... A mi lado, un viejo sacerdote está sumido en la lectura de su breviario. Sobre sus rodillas un paquete...

El campamento de concentración es una antigua fábrica de municiones paralizada, de conformidad con el Tratado de Versalles. Está cercado con alambres de púas, que se cargan de electricidad durante la noche para que resulte imposible toda tentativa de evasión. Además, a cada paso encuentro milicianos de uniforme verde, fusil al hombro, bayoneta calada. Hay cuatrocientos en Dachau, número suficiente par mantener en orden a dos mil hombres, que se pasean a la sombra de las ametralladoras, que los carceleros han colocado en la cima de las pequeñas torrecillas de cemento armado, construídas — claro está — por los prisioneros... Los carceleros que ocupan esas minúsculas fortalezas están tocados con cascos de acero, para realzar aun más el porte marcial de esta "mise en scéne".

Atravieso el primer patio, acompañado por un coronel, al que llaman aquí "oberwachtruppenführer". Esta palabra es por demás complicada para que yo pueda repetirla con frecuencia. Por consiguiente, desafío a la etiqueta hitleriana intitulando "mi coronel" al cicerone... Además, se llama Lieppert, y como forma parte de la policía política—S. S.—exhibe sobre su casco un cráneo y dos tibias plateadas... Cuando pasamos por delante de los centinelas presentan armas, y levantando el brazo derecho, gritan: "Heil Hitler, ametralladora número7, ninguna novedad... Heil Hitler, puesto 6, ninguna novedad... Heil Hitler, barraca número 10, ninguna novedad, mi coronel..." El coronel alza su brazo y contesta con tono bastante aburrido: "Heil Hitler, weiter machen..." "Heil Hitler, continuad...".

—Ninguna novedad, mi coronel...

En estas cuatro palabras se resume la vida de 2.500 prisioneros y de 700 carceleros. Pregunto:

—¿No se producen evasiones?...

—De ninguna manera—responde el coronel—. En primer lugar, es imposible; los alambres están cargados de electricidad... Después, que no vale la pena, puesto que una tentativa de evasión hace imposible la salida en libertad provisoria...

—¿Cómo? ¿También en Dachau existe eso?

¡Seguramente! Hasta el presente hemos puesto en libertad provisoria cerca de seiscientos hombres. Cincuenta, más o menos, fueron "reintegrados", pero el resto, marcha... Entre ellos hay muchos que han hecho una revisión completa de sus ideas y hoy forman parte de la milicia...

El coronel me ha dicho la verdad. Los prisioneros de Dachau "hacen una revisión de sus ideas"... Veremos de qué manera...

Delante de una barraca reparo en algunos hombres vestidos con el uniforme de los presidiarios. He dirigido la palabra a uno de ellos:

—¿Su profesión?

—Cerrajero...

—¿Por qué está usted aquí?...

—No lo sé...

—¿Ha sido interrogado por el juez de instrucción?...

—Nunca.

—¿Es comunista?...

El hombre inclina la cabeza y murmura:

—Lo era, pero ya no lo soy.

"Era comunista. Era socialista. Era republicano. Era demócrata... pero ya no lo soy...". Es el eterno estribillo en Dachau... He interrogado por lo menos a ciento cincuenta hombres, sin testigos, y no hay entre todos ellos uno solo que me hubo dicho: "Era y soy republicano..." Un hombre, uno solo, en presencia mía, dió pruebas de coraje e insumisión. Era en el hospital. Se erguía sobre su lecho, y exhibiendo su enfermedad, exclamaba: "Mirad esto... He perdido un brazo en Verdún y reventaré en Dachau... Tengo úlceras en el estómago y desde hace siete meses no como sino zanahorias y papas... ¿Valía esto la pena de batirme por Alemania?..."

¡Era el único!... Por donde pasamos, los prisioneros, semejantes a fantasmas, se paran saludándonos en voz alta: "Heil Hitler..."

Lo más terrible en Dachau es que los hombres viven en el vacío... El tiempo no tiene significado alguno para ellos... El preso condenado a veinte años puede contar los días, puede pensar en el porvenir, en el día de su libertad, puede soñar en una vida nueva... En Dachau, sueños, anhelos, no existen. Los habitantes del campamento de concentración no saben cuánto durará su detención, así como no saben por qué han sido encarcelados. Los días, las semanas, los meses pasan— ninguna novedad, mi coronel— y la incertidumbre, la soledad y la melancolía empiezan a corroer los nervios de esos infelices. La melancolía... es el anestésico del doctor Hitler... Los "sublevados", esos que no se han sometido aún, son confinados en barracas separadas, les está prohibido tomar parte en los ejercicios militares, trabajar en los talleres, jugar a las cartas o al ajedrez... todo lo que les está permitido hacer, desde las cinco de la mñana hasta las nueve de la noche, es contemplar el cielo y las nubes que vienen y se van. Estos hombres, acostumbrados al trabajo y a una vida activa, terminan por caer en una especie de decrepitud moral y es en ese momento que comienza la segunda fase de la operación. El bisturí de la propaganda entra a trabajar y el primer día que al "sublevado" se le permite el acceso a un taller, el hombre, loco de alegría, balbucea voluntariamente las palabras que significan la salvación y más tarde la libertad: "Heil Hitler..."

Este campamento, donde entre otros vi al doctor Rosenfelder, viejo procurador de Nuremberg; a Rosshaupter, viejo ministro de Guerra; a Unterleitner, viejo ministro de Instrucción Pública, merece el nombre obligado de "infierno moral"... A los prisioneros se les ha obligado a levantar un monumento a la memoria de Horst Vessel; se les ha obligado a exornar sus miserables barracas con las imágenes de Hitler y de la cruz gamada. La fotografía del Führer adorna hasta los estantes de la cantina. Se les ha obligado a pintar en las paredes del refectorio, donde a mediodía se dirigen en grupos de trescientos hombres, caricaturas de Stresemann, de Wirth, de Rathenau, acompañadas de motes insultantes. Se les ha obligado a decorar el refectorio de los carceleros con cruces gamadas y frescos representando a Hitler y a su estado mayor, sumergidos en los resplandores del sol naciente... Se les ha obligado a fijar carteles hitleristas en las paredes de las barracas; en fin, han hecho fabricar por los prisioneros pequeños objetos "Recuerdos de Dachau". Los retratos de Hitler, de Goebbels, de Goehring, vaciados en yeso, grabados en madera, pintados sobre vidrio, salen de esos talleres donde un ex profesor trabaja al lado de un ex impresor, de un ex contador... Hay médicos que fabrican ceniceros adornados con la cruz gamada, ex diputados hacen cajas decoradas con la "Swastika" y ex periodistas graban sobre chapas de metal las palabras mágicas del Führer...

Por fin, ¿qués es?... ¿La isla del doctor Moreau? ¿Un hospital? ¿Un cuartel? ¿Un manicomio? ¿Una penitenciaría? ¿Presidio? Edad Media? ¿Africa?...

No.... Es Dachau, sencillamente, o, si queréis, Alemania 1934...

UN CUENTO CRIOLLO

AGUAS ABAJO

POR

BRUNO GOMEZ

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

LA isla toda, estaba aletargada bajo el sopor de aquella canícula que, desde hacía varios veranos, no se había hecho sentir. Sólo estando debajo de la arboleda reverberante de aquel lugar, podía soportarse la asfixiante sofocación del calor, en que hasta las alimañas, sentían el placer de la sombra o la humedad.

El "riacho de las nutrias", como lo denominaban los isleños, nace en un recodo de la "Isla del francés", frente a la ciudad de Rosario, y muere al otro lado del río Paraná, ya en territorio entrerriano. Es como una línea limítrofe, entre dicha isla y la de en frente, que la poblaban Nicasio y Nazario, en que cansados de ser aporreados por la miseria en la ciudad, decidieron un día levantar un rancho allí, con chilcas y barro, y defenderse para el sustento y los vicios, con el producto de la pesca y la caza. Ambos eran huérfanos de afectos familiares. Desde chicos tuvieron que luchar sólos, hasta que siendo hombres, ninguno de ellos había formado un hogar.

Una noche, pescando a orillas del río, donde desemboca el Saladillo, en el Rosario, se conocieron, y estrecharon aquella amistad, hasta llegar donde hoy los encontramos, compartiendo la vida de pescadores y nutrieros. La lucha ahora es brava, pues las nutrias y los carpinchos cada vez escasean más, y tienen que defenderse con la pesca y algunas que otras aves que Nicasio lleva todas las mañanas con la canoa, cruzando el río para la ciudad, que está en frente. De allí vuelve luego trayendo tabaco, brebaje y comestibles para sus necesidades.

Mientras tanto, Nazario en el rancho, prepara la masa para el espinel, limpia las armas, empatilla algún nuevo anzuelo para reponer, pues a veces algún dorado al verse prendido desde temprano, logra libertarse, llevándose carnada y anzuelo en su vientre. Cuando regresa Nicasio, encuentra a punto, unas veces, un puchero de "armado" o un sábalo hecho al asador, o envuelto en papel de estrasa, bien condimentado y a fuego lento. Se sientan en una bancada hecha debajo del saucedal, y pónense a comer entre risotadas y comentarios, de alguno que otro suceso llegado a sus oídos. Otras veces comen en silencio, sin preguntarse el motivo, o como si lo supiesen, al llevar esa vida sin otra emoción que la que ocasiona la caza de los "bichos".

★

Como a media legua, aguas arriba, en una isla casi intransitable por su tupida y enmarañada arboleda, habitan Remigio y Adelaida, en un rancho construído con paja brava y orquetas de sauces, hecho a cierta altura del suelo, con la precaución de que no entre agua en las crecientes que suelen producirse.

Nadie de los isleños del contorno, supo nunca de dónde vinieron y qué motivos los trajo a ese lugar.

Los primeros meses de su llegada, solía vérseles siempre juntos en una canoa vieja que



trajeron, o montados —a la manera gaucha— en un zaino que también cruzaron a nado, atado en una argolla de la popa de la canoa.

No se sabía si eran "ayuntaos" o casados. Tampoco tenían hijos. Alguien murmuró, por el lugar, de que era una mujer que abandonó al marido por seguir a este hombre, un tanto hosco y huraño en su manera de ser, tanto para ella, como para los pocos extraños que trató.

En los últimos meses, han notado los lugareños, que se les ven muy pocas veces juntos, como otrora. Y hasta llegan a afirmar, de que han escuchado ayes de mujer, como de ser castigada, en aquel silencio de la isla.

★

Adelaida, siguiendo un sendero que conduce a la costa, y por el cual cruza veloz, de vez en cuando alguna iguana que tomaba el sol, detiene de pronto el paso, y observa por dónde ha de seguir, temerosa de pisar alguna víbora. Pero, cuando llega a la orilla, ve con desconsuelo que la canoa —como siempre— no está allí. Quédase pensativa y contrariada, mirando correr el agua que arrastra en su torbellino, grandes islotes de camalotes. Luego, regresa por el mismo camino, arrancando alguna flor de burucuyá, o levantando pequeñas ramas secas para el fuego. A veces, apresura el paso y ahuyenta con el pañuelo, que lleva al cuello, los jigenes que la acosan por todo el rostro y las manos.

Remigio, que siempre está en guardia de que Adelaida pueda huir, como varias veces lo ha intentado, baja de un gran ceibo donde estaba enhorquetado, vigilando todos sus movimientos.

Al llegar al rancho, Adelaida simula no verlo, pero él, al acercarse, le dice:

—Mirá, china. En cuantito intentés juirte, que yo no te agarre, porque esta vez te voy a'tar de piés y manos en el tronco del árbol donde está el camuatí, y te vas acordar pa tuita la vida.

—No podés negar el alma de hiena que tenés.

—Vos me has hecho malo con tu indiferencia, de un tiempo a esta parte.

—Porque nunca creí que me tuvieras enterrada en vida por estos parajes, dándome una vida de perro.

—¿Pretensiones también?

—Cuando me recogiste en el río, para morir por mi gusto, por la vida que me daba el otro, no me hablabas ansina.

—¡Tampoco vos eras la de áura! ¡Y basta d'este asunto, que ya me tiene cansao! — dijo Remigio rotundamente, mientras subía los escalones que conducían al rancho, silbando un estilo viejo, que siempre tenía a flor de labio.

En tanto, Adelaida, sentada en un viejo tronco de árbol, meditaba en la forma más rápida ed resolver su huída, del lado de aquel hombre "maula", a costa de perder la vida.

Hacía como media hora que estaba en esa actitud, cuando al alzar la vista hacia el río, vió al zaino que pastaba, allí cerca. De pronto, se le ocurrió una idea salvadora: utilizar el caballo al que tantas veces lo había visto nadar. Subió con cautela los escalones del rancho, y asomándose a su interior, cuál no sería su sorpresa al sentir roncar a Remigio, viendo que dormía profundamente, con los brazos caídos a los costados del catre, hecho de arpilleras gruesas. Bajó silenciosamente, y agarrando una soga colgada del alero, dirigióse al zaino, hízole un bozal, como había visto muchos veces hacérselo a él. Llevó al animal hasta una bajada de la orilla, formada por el uso de subir la canoa a tierra. Montó a caballo, y con una rama cortada al azar, alentóle hacia el canal.

Sea que éste fuera mañero a la fuerte correntada: sea por esquivar a los islotes de los camalotes que molestaban su marcha, el caso fué que hizo un movimiento brusco, haciéndole perder el equilibrio a Adelaida, quien asustada, soltó la cuerda, cayendo a corta distancia del caballo, perdiendo toda posibilidad de volver a alcanzarlo. Antes de que alcanzara a hundirse y se empapara los vestidos que habían quedado a flor de agua, divisó un extenso y tupido islote de camalotes, del cual se prendió en sus raigones, notando con espanto y alegría a la vez, de que a medida que erguía el cuerpo, éstos sostenían todo su peso, marchando aguas abajo, en una vertiginosa carrera.

El zaino, al verse libre de la cabalgadura, dió media vuelta y volvióse a la orilla, donde se sacudió el agua, penetrando a la isla, ajeno a todo el drama que se desarrollaba allí, donde al parecer, todo era tranquilo.

★

Dirigíase Nicasio hacia el espinel, cuando le llamó la atención que le hicieran señas con un pañuelo desde el islote de camalotes, que aún no había



llegado frente a él. Enérgicamente agarró el remo con más pujanza, y sentándose a popa, hizo que la canoa se levantara en punta a fin de aliviantarla, dirigiéndose a socorrer del peligro inminente en que se encontraba Adelaida.

Cuando llegó junto a ella, puso la canoa de proa, para que ésta al levantarla, no se inclinara de costado y pudiera darse vuelta: tomó de la cintura a Adelaida y levantándola, ella se agarró del cuello de él, arrastrando tras de sí, los raigones fofos y chorreantes de agua, de los camalotes.

Si no hubiera sido por la situación apremiante de aquel momento, la dicha de Nicasio hubiera sido mayor, al verse su cuello encadenado con dos brazos de mujer, con su cuerpo palpitante junto al suyo.

Ignorando Nicasio desde qué hora se encontraba en esa situación aquella mujer, y a fin de ganar tiempo para que se repusiera, tomando algo y se secara la ropa, no quiso preguntarle nada, rumbeando para la entrada del riacho.

Cuál no sería la sorpresa de Nazario, al verlo acompañado de una mujer, y al parecer joven.

En pocas palabras explicóle Nicasio todo lo sucedido, mientras ella se vestía en el interior del rancho, con una bombacha y una blusa que le proporcionaron.

Al poco rato, apareció ella transformada en varón, y estrujando su ropa mojada, que tendió a secar en un árbol seco.

Nicasio y Nazario, que ya estaban sentados junto al fuego que chisporroteaba debajo de una pava, negra por el humo, la invitaron a que se acercara a entrar en calor con unos amargos.

Y, entre mate y mate, y la noche que se cernía sobre ellos, con la confianza que le inspiraba aquellos dos hombres, Adelaida contó toda su historia triste. Ellos no se atrevieron a mirarla, y quedáronse contemplando el fuego, sin articular palabra alguna.

En derredor, la luna se filtraba entre el follaje, semejando el paisaje nocturnal, un grabado en madera.

★

Remigio despertóse bruscamente, saltó del catre y bajó corriendo del rancho, presintiendo la huída de Adelaida. Se dirigió hacia donde había dejado la canoa, y se serenó al ver que allí estaba, con el nudo tal como la dejara. Entonces volvióse a la otra orilla, creyendo encontrarla. Pero, su sorpresa fué grande al ver al zaino que se revolcaba, mojado hasta las ancas, y con el bozal puesto. Vociferó una interjección, no quedándole duda de que Adelaida se pasó al otro lado, haciendo volver al caballo, para despistar su fuga.

Resignado y colérico, decidió buscarla al otro día, y pensando en su venganza, pasó toda la noche, hasta que el nuevo día anuncióse por sobre los árboles. Presuroso, montó el zaino y cruzó al otro lado, dirigiéndose por tierra en dirección aguas abajo.

Cada vez que se aproximaba a un rancho isleño, se quedaba en acecho, hasta convencerse de que allí no estaba refugiada. Y así, de rancho en rancho, fué avanzando, hasta que a eso de poco más de mediodía, distinguió el rancho de Nicasio y Nazario, en un claro del saucedal. Hacía pocos minutos que estaba en su espionaje, cuando vió aparecer a Adelaida que se dirigía con una lata —a manera de balde—, a un pozo de agua que estaba tapado. Acercóse Remigio cautelosamente, dejando el caballo atrás del rancho, hasta llegar junto a ella, que estaba de espaldas. Al darse vuelta y ver a Remigio, soltó la lata llena de agua, quedándose como petrificada.

—¡Si gritás, te mato! — le dijo con tal decisión en los ojos, que Adelaida retrocedió de espanto.

—¿Qué querés de mí? — contestó ella reaccionando.

—¡Que me sigás!

Y agarrándola del brazo, la llevó hasta el caballo y la alzó en el anca, poniéndose él delante y obligándola a que se agarrara de su cintura. Tomó rumbo a su rancho buscando la orilla propicia para cruzar a nado del caballo. Una vez encontrado el lugar, entró al agua. Remigio, que iba completamente preocupado en dirigir el caballo, por el peso que llevaba y por gambetearle a la corriente, estaba lejos de suponer que Adelaida, aterrorizada por el castigo con que tantas veces le había amenazado él, atándola debajo del camuatí, estaba decidida a sacarle el cuchillo que llevaba sobresaliente en la cintura y clavárselo en la espalda, para así verse libre de aquel tirano, aunque tuviera que perder la vida.

Así fué cómo en un instante que creyó oportuno, intentó tirar del mango, pero Remigio, en un codazo que dió para impedirlo, hizo caer al agua a Adelaida, quien desapareció de la superficie al dar de cabeza. A pocos metros, volvió a aparecer con los síntomas morados en el rostro a causa del ahogamiento.

Remigio no atinó a salvarla. Y largando una estruendosa carcajada, que el eco devolvió, exclamó:

—¡Si no sos pa mí, menos pa naides!

En tanto, él iba llegando a la otra orilla. La corriente, seguía su curso aguas abajo, llevando en sus entrañas, el cadáver de una mujer, que se jugó la vida por su libertad.

★

Allá en el rancho donde Adelaida creyó encontrar una esperanza salvadora, comían en silencio Nicasio y Nazario, después de haber buscado infructuosamente por todo el monte, a la mujer que había hecho nacer una esperanza en sus corazones.

Se miraron un instante ocultando ese sentimiento. Luego, Nazario, dijo con acento sentencioso, y como con desgano:

—Las hembras, son tuitas iguales. Son como los camalotes. Vienen un día y se arrinconan en cualquier parte. Otro día, viene la creciente, y se los lleva, ¡vaya a saber adónde!...

★ Equilibrios en la Cuerda Floja

Por Gregorio J. Chaves

ILUSTRACION DE ROJAS



Auditorium

HOY HOY

UNA CONFERENCIA

INMORAL

(Con ilustraciones luminosas)

ACCESO LIBRE

Tal la promesa de las carteleras. No importaba el nombre del conferencista, la glotona humanidad se desvive por los manjares y aquella palabra "inmoral", estampada en la invitación, hacía relamerse a los más dispépticos.

Abriéndose paso entre el abigarrado público que colmaba el vestíbulo, dos hombres llegaron hasta los camarines:

—¿El conferencista?

—Soy yo, señores.

Un par de miradas penetrantes, disectoras, repasaron de pies a cabeza al audaz:

—Somos los encargados —dijo uno— de "velar por la moral y las buenas costumbres".

—Por mí, velen —sonrió el interpelado— pero aquí no tienen absolutamente nada que hacer.

—¡¡Señor!?...

—He anunciado "una conferencia inmoral"; si al público le molesta el concepto, puede pasar de largo, si le interesa...

—¡No hay más localidades! — gritó un empleado. —He dado orden de que se limite la entrada a la sala.

Los interpelantes se miraron y, en voz baja, cambiaron algunas palabras.

—En cualquier forma —amenazó uno de ellos después del discreteo y encarándose con el conferencista— quedará usted detenido al finalizar el espectáculo.

—Si ataca la moral —sentenció el otro— le apresaremos, por disolvente...

—...Y si la defiende, por defraudar al público con anuncios falsos — concluyó el primero.

Planteado el dilema, la pareja dió una media vuelta militar y salió taconeando. Por toda respuesta, el conferencista les siguió largamente con la vista en su retirada por el túnel.

★

Y algunos minutos después, ante la sala repleta, se oyó una voz:

Señores: Permitidme que conserve el tono usual de mis palabras y de mis razonamientos. No sé declamar y tengo el convencimiento de que hay, entre otras, dos cosas inútiles en el mundo: las conferencias y la moral. Hablemos, pues, inútilmente de una cosa inútil.

Podría, en este momento, aturdiros con remanidas exclamaciones de tragediante y vociferar: "¡Señores, la moral no existe!... ¡Basta de hipocresía!" y, entonces, vosotros os iríais como vinisteis yo, habría defendido con saña lo que trataba de aniquilar. No. No quiero que sigais siendo lo que sois. Ya veis qué fácil. Y esta simpleza es el corolario total de mi charla inútil.

Seamos francos y valientes aunque sea por contados minutos en nuestra menguada vida. No invoquemos a France, ni a Oscar Wilde, ni a Nietzsche, ni a nadie, para que autorizando nuestros propios pensamientos nos dejen la oportunidad de desdecirnos. Seamos nosotros mismos quienes examinemos nuestras conciencias como medias que se vuelven al revés para precisar sus roturas; de esa inspección deduciremos, por lo menos, un recurso: zurcirlas.

Basta de falso parafraseo, de escaramuzas éticas y de vacuas normas dialécticas. ¡Desnudémonos!...

(Con paso apremiante y sin cuidarse del tumulto algunos oyentes abandonaron escandalizados el local. Inopinadamente se apagan las luces de la sala y las candilejas, córrese un lienzo y el crepitar de un proyector detiene en la puerta a los fugitivos bajo el manojo de luz que inunda la pantalla. Aparece una imagen de la "Psiquis y Cupido", el conocido mármol de Antonio Cánova. Las miradas se pasean indiferentes por la fría desnudez. Se oye la voz del conferencista que continúa:)

Mirémonos al espejo con la intención firme de no ver otra cosa que nuestra propia imagen. Bellezas y defectos. Ahí están de cuerpo entero. Realidad. Después de esta visión estamos como si hubiéramos nacido; es un verdadero alumbramiento plástico, puro.

(Psiquis y el amor, de súbito, animados por la proyección abandonan su hierático abrazo y se incorporan con lentitud. El movimiento los humaniza. Las medidas del público se refractan en la blancura de las imágenes. Reduce la visión el obliterador hasta sumirla en la penumbra. Luz).

—El moralista, señores, como los lenguajes, a fuerza de repetirse ha degenerado hasta no tener ni siquiera relación con la fuente originaria. Somos moralistas como es orador el loro, como es bailarin el caballo de circo. Nos dirige un látigo. Estamos amaestrados por la educación. Y ojalá nos resignáramos al bailoteo de nuestro triste destino ,pero íntimamente encadenamos nuestra rebeldía, y esto es lo único inmoral.

Poco cuesta despojarse de una máscara que nos deforma, ridiculiza y acalora sin embellecernos; ¡Qué cómico resulta, así mismo, un disfraz que se ajusta al cuerpo de las mujeres por fuerza y a sus aviesas intenciones por dentro y que arrebata el ditirambo de los hombres cuando lo observan en la mujer de su prójimo!

Dicen los legalistas que "la costumbre es el fundamento de la ley, los biólogos que "la función hace al órgano", los matemáticos —completando la idea por generalización — que "la unidad es base de la cantidad", los químicos que " el elemento es antes que la combinación, y los astrólogos que "la naturaleza siempre vence". Y los filósofos, los artistas, los miles de sabios sumados a los siete famosos, aseguran hasta el hartazgo que la síntesis es la base y el fin de todo lo creado.

¿Y nosotros, nosotros que no somos sabios, ni filósofos, ni artistas pretenderíamos aún desvirtuar este credo de los privilegiados? ¡No!

Bastaría con que en esta sala, por raro truco de utilería, echara yo unos tabiques que aislaran a cada uno de los oyentes de manera absoluta. En la soledad confesional oiríamos verdades tan concluyentes como sólo le será dado escuchar al público del valle de Josafath el día del apocalíptico sinceramiento.

Eva sigue siendo siempre Eva, su desnudez resulta cada día más paradisíaca, como si quisiese recuperar el naturalismo que ha de reintegrarla al Edén, lo mismo que a un espía el uniforme enemigo.

Adán, bajo su aspecto bíblico de cándido delator de las sugestiones de su humana compañera, continúa disfrazando su espíritu de adulador dispuesto a quedarse con la manzana, la piel de la serpiente y el perdón divino. Y ambos, en este diálogo eterno, siguen aventajándose hasta conseguir contrabandear sus solapados instintos, oficializándolos, para que así el árbol del bien y del mal sea arrancado de cuajo y, convertido en hoguera, caldee un nuevo Edén con pecado y sin penitencia.

(Se prolongó la pausa. Algunas toses espoliaron la expectativa en inquietud de ciertos oyentes).

—Las palabras, señores, por elocuentes que sean, resultan vacías ante algunas evidencias fotográficas de la vida diaria. ¡Quién pudiera así mismo retratar las intenciones con mayor nitidez que en las veladas de la psicología esperimental!

Mi colección está constituida por actitudes triviales y de fácil interpretación. Observémolas sin comentarios ni epígrafes.

(Penumbra. La proyección, convertida en un punto brillante, cobra amplitud merced al diafragma. Se ve a la desnuda "Psiquis" recoger el velo que cubre sus piernas e improvisarse un peplo mediante un broche que ajusta sobre su hombro derecho; de Venus Anadiómena se convierte en la Afrodita de Fréjus. Cupido abandona entonces su actitud contemplativa y ya menos, o más, interesado en la belleza de su "partenaire" acierta a encontrar un casco guerrero a lo Menelao y se lanza a la conquista de una Troya hipotética. La dama ofendida y abandonada advierte a París, se enamora, y caen otra vez sus vestiduras al suelo, en un cotejo que se hace momorable).

—Y observemos la evolución del vestido — continúa el disertante, — en su constante huída de la naturalidad primitiva.

(Aquí, gracias al truco cinematográfico de la suplantación gradual de escenas, aquella Psiquis-Venus-Helena va convirtiéndose, a través de las épocas, en otras tantas caracterizaciones de la misma pasta escultural. Su acompañante rivaliza en tan detallado transformismo. Lucen las túnicas romanas a lo Mesalina, las exiguas "deshabilles" a lo Cleopatra, Ehais o Reina de Saba, hasta que la reacción representada por un duende con sayan de Agustino, con avieso criterio, resuelve recargar el vestido para aligerar las intenciones. La venda de Eros es transformada merced a los telares de Damasco, Florencia y la mar en un recatado y pesado artificio para su compañera... Con esto el amor ha dejado de ser niño y ciego, pero los focos de su inexperta imaginación decién libertada le conducen a las aberraciones más incongruentes...

(Dido, Corina, Cinthia; Eloisa, Lucrecia Borgia; Isabel, la virgen de Inglaterra: gradas de tan gigantesca escala galante, para llegar al modelo de mujer que públicamente cubre hasta sus uñas como en un amplio estuche que se deja perfumar por su intima desnudez y cínico desparpajo. Para completar el contrasentido, su espíritu, ha olvidado la simplicidad helénica. El amor-pasión cede su puesto al amor-crimen, como si el alma también necesitara del artificio para cumplir su pretención de belleza).

(Los tiempos pasan. La juventud trata de renovar las visiones y la desnudez se guarece en el arte. Renacimiento. Pureza).

(El duende con sayal, envejecido y astuto, retiene las armas enemigas para usarlas en sus batallas y sobre sus catedrales, pinacotecas y palacios al genio evocativo de los artistas. La mujer vestida mira, aquellas reencarnaciones con sonrojo pero con íntima satisfacción; Monna Lisa contempla el retrato de su abuela Afrodita, Eva sonríe ante el recato de la Gioconda).

(El duende agustino, molesto por su fracaso, inventa el Pudor. La deformación cunde en los cerebros enceguecidos. El deseo se debate bajo el suplicio de Tántalo. Madame Dubarry, la Pompadour, esquivas, galantes, hermosas y vanas, sintetizan un siglo de malicia brindada por el miriñaque y los pelucones).

(El furor aherrojado por la hipocrecia inventa una palabra: libertad. Suena un tiro. Caen cabezas, pelucas y falsedades. Afrodita es hoy madame Sans-Gene. El coro ático baila al compás de la caramañola, descamisado y rebelde; y el amor, engrillado en las cárceles, llora su hartazgo de carne. Romanticismo: canción de Eros desde el fondo de su prisión).

Cuando de improviso se enciende la luz sorprende al público arrobado en la contemplación de este "pot-pourri" evocativo. Compónese, un tanto, el delicioso abandono a que se entregara la concurrencia bajo el descanso de las sombras, como si Doña Moral, en aquel momento luminosamente artificioso, hubiera cobrado sus riendas para mantener rígidos a sus fatigadores títeres. Las miradas, de soslayo, se buscan sin encontrarse-.

—Y después de este revuelo histórico y vertiginoso — continúa la voz del conferencista — llegamos a nuestra decantada época. Edad contemporánea; edad de la filosofía y del pensamiento. Siglo de la ciencia y del dinero. Vanidad pavorrealesca que convierte al amor en mendigo. Recamados los cuerpos, exorciados los espíritus, la humanidad no acierta si someterse a Dios o a Satanás. La lucha es ardiente. Los recursos se han trocado; hoy la luz cobija a la virtud desnuda y las sombras al vicio insatisfecho.

(Vuelve la obscuridad a dar paz a los instintos. La proyección es un simple manojo de luz que pasa sobre las cabezas...)

—Algo trascendental va a operarse en la pantalla, como si una lluvia de siglos se sintetizara en una sola gota de agua. Compendio, extracto, perfume, alma

(En la proyección aparece una dama 1870 luciendo su polizón reducido y su escote amplificado; el pudor ha libertado su garganta... El monje agustino la anatematiza con una encíclica. Ella ni siquiera lo habrá pensado y, excecrada por excecrada resuelve reconstituirse en la madre Eva. Unos años más, instantes de historia y... ¡al suelo el artificio! Las tijeras se convierten en arma de reconquista. Mutilaciones. Simplificación. Corset, enaguas, armazones, visos, pasan a ser piezas de museo ético y étnico. Seda tenue: suavidad. "La naturaleza siempre triunfa...." pero hay que encausarla para que permita lucir lo bello como si a una selva se le recortaran las ramas que detienen la luz).

(Si Venus surgió de la espuma del mar, hermosa y desnuda, la mujer contemporánea nace de ese oleaje espeso que constituye su engañosa envoltura).

(Hasta el cabello estorba para sus planes. La delgadez de las telas insinúa la belleza de los cuerpos esbeltos como los tules de la aurora la aparición del sol).

Las almas se asoman al mundo por el consabido ventanal de los ojos y el labio tinto de pasión se ofrece como un paraíso. Revolución).

Y ante la consternada concurrencia, entre telones simbólicos que dan seguridad a la escena, aparece la Venus futura, la antigua Eva, desnuda, humanamente desnuda, a riesgo de parecer un animalito inclasificado, una visión apocalíptica pero realmente hermosa, divina).

—La cíclica historia se ha cerrado con su último eslabón — continúa el orador. — Hemos llegado .. al principio. La mujer como en los tiempos heroicos, es una fracción de naturaleza. Entre tanto la moral inventora del cilicio del pudor, reducida a un cuchicheo sumiso sonríe, al fin, ante su impotencia, como un fiscal que perdió la causa pero cobró honorarios.

(A esta altura del acto, dado el interés de los circunstantes y el estruendo de los aplausos no se nota la salida tumultuosa del público candoroso, Quedan los valientes o los que lo parecen, aunque dejando al oído de sus compañeras y vecinas palabras críticas y usuales. Ellas escuchan complacidas al orador, como si un cómplice que no es Adán las delatara).

—Señores: — terminó terminó el conferencista. — No cometeré la torpeza de proponeros la constitución de un país ideal donde el desnudo sea la carta de ciudadanía. Ese país existe ya, un tanto encubierto por la maleza tradicionalista y mis palabras sólo han descorrido el cortinado para que luzcan los paisajes de tan cercana tierra de promisión. Desde este monte Nebo y ante la belleza hecha carne y espíritu entonemos nuestro himno inmoral. Amén.

(Esta perorata, que tuvo la virtud de renovar el público, duplicando su difusión, terminó entre tímidas protestas y estruendosos aplausos. Faltaba solamente un detalle: el conferencista, hábil y filósofo, dictó sus sentencias tras de una cortina. Su físico, sus maneras, no empañaron la seguridad de su verbo y no dieron ni quitaron fuerza a sus razonamientos).

(Cuando el auditorio en pleno requirió la presencia del autor, éste, filósofo y hábil — lo repetimos — hizo aparecer en escena dos personajes físicamente antagónicos; uno, hermoso como un Apolo, que hizo sonreir a Ellas, y otro feo como un esperpento que satisfizo a Ellos. Y a la voz de entretelones concluyó:)

—No busquéis al autor, examinad vuestro fuero íntimo que allí está todo.

Y con esto cayó el telón.

El Nuevo Rico  por H. Rodríguez













Museo de la Confusión

Acerquémonos ahora a Susana Calandrelli. Me entero por una pequeña biografía que precede las composiciones, que la poetisa sacó un primer premio en los Juegos Florales o Fatales del Languedoc, con ciertos poemas titulados La Liberté uno y Aux Morts Ignorés el otro. Este último guarda estrecha relación con las defunciones de varios lectores imprudentes. Todo esto sucedía en 1918. Desde entonces no se ha subsanado nada. Vamos a inferirnos a continuación el poema titulado La Flauta de Silvano. Dice así:

> Vosotros, los que acaso tenéis
> el don divino
> de amar el sol, la hierba, la
> noche y el camino;
> vosotros que supísteis los trágicos amores
> de gnomos y de estrellas, de sátiros y flores;

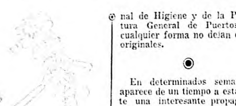
Confieso que yo soy de los que tienen el don divino de amar el sol nublado y el camino lleno de hierbas (siempre que no se trate de Miguel A. Camino), pero también soy de los que ignoran los trágicos amores entre sátiros y ..., entre faunos y cardos y entre turcos violentos y flores bravas. Sobre los amores entre gnomos y estrellas no me los imagino, ni siquiera en el caso que fuera entre monos y estrellas.

◉

Crustancio Vigil (juniors) con fecha 10 de abril se manda en cierta revista familiar un cuento que titula Violeta y Aída, aunando a Verdi con esa otra ópera que empieza: é la violeta, etc. Hablando de cierto personaje expresa Vigil:

> Herida en su orgullo y en su dignidad, más blanca aún en la blancura leche de su cutis de armiño, la traicionada dió un brinco de felino.

Ya me imagino lo que le habrá dicho el otro para provocar esta reacción. Con seguridad le habló de la conveniencia de la



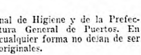
Gillete, del ... del papel de lija, únicos medios capaces de evitarnos las molestias de un cutis de armiño, de una tez de oso hormiguero y de unas mejillas de carpincho.

◉

En la Novela Semanal del 2 de abril, don Julio Dantas firma algo que titula La Confesión. Dice en una de sus partes:

> Le hablé del muerto como si le hablase de un hermano muy querido, y al decirle que Dios, señor de misericordia, se compadecía conmigo de su dolor, las lágrimas comenzaron a correr de sus ojos, de cuatro en cuatro.

Estos ojos que se transforman en un exacto cuentagotas que dan lágrimas de a cuatro en cuatro, de a tres en tres, etc., según el gusto del consumidor, me parecen bastante raros. Salvo que se trate de ojos sincronizados, con un moderno equipo de irrigación, autorizados por el Superior Gobierno y con el visto bueno del Departamento Nacional de Higiene y de la Prefectura General de Puertos. En cualquier forma no dejan de ser originales.



◉

En determinados semanarios aparece de un tiempo a esta parte una interesante propaganda de la Sociedad Anónima Psychology Foundation. Esta sociedad se dedica a enviar mediante el molesto desembolso de cuarenta centavos en estampillas, la obra titulada La Clave del Desarrollo de las Fuerzas Internas, título que tal vez hubiera sido mejor dividirlo en tres tomos. Además de la distribución gratis de este libro, hay otras cosas. Son estas:

> El que escriba inmediatamente recibirá también un ejemplar Mapa Auto-Análisis del Profesor Knowles, así como también una explicación detallada del carácter. Sírvase copiar de su puño y letra, los siguientes versos y enviárnoslos:
>
> "Quiero fuerza de Espíritu
> Poder y fuerza en la mirada.
> Ruégole lea mi carácter
> Y envíeme su libro".



Todo está muy bien, hasta el Mapa-Auto-Análisis del renombrado profesor, aunque es de lamentar el poco tino demostrado en la elección de la composición poética. Se resiente de un lamentable clasicismo y sentimentalismo que no está de acuerdo con la época que vivimos. No hubiera sido mucho mejor algo al estilo de:

> Quiero triceps espirituales,
> Poder y biceps en el monóculo
> Desearía me hablase por teléfono
>
> Y sacúdame la persiana.

Se apartaría indudablemente de toda influencia gongorina y parnasiana, pero estaría más de actualidad.

POR

Anímula Vágula

Voces

Por P. HERREROS

A veces nos sucede con escritores que gozan de gran fama lo que con muchos divos: apenas se pone uno en contacto con ellos, la desilusión es completa.

Hay mujeres tan monas, con alma tan de mona, que mas parecen ascendientes que descendientes de esos inteligentes animalitos.

Mis hermanos, los mahometanos, piensan que la mejor religión es la de Alá: y mis hermanos, los cristianos, creen que es la de Cristo. Y yo no sé si quedarme con la de Alá... o con la de aquí.

La Puerta de los Cien Pesares

Por RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DE A. RECHAIN

ESTO no es obra mía. El mulato Gabral Misquita me lo contó, entre la puesta de la luna y el alba, seis semanas antes de morir, y yo anotaba sus respuestas a mis preguntas. Como sigue:

Está entre el Callejón de los Caldereros y el barrio de los vendedores de pipas; a unas cien yardas, asimismo, a vuelo de cuervo, de la mezquita de Uazir Jan. Eso puedo confiarlo a cualquiera, pero le desafío a encontrar la Puerta, por más conocedor de la Ciudad que se piense el hombre. Al callejón solíamos decirle El Callejón del Humo Negro, pero se entiende que su nombre indígena es muy distinto. Un asno con la carga no podría pasar entre las paredes, y en un lugar, justo antes de llegar a la Puerta, una fachada muy sobresaliente hace que las personas vayan de lado.

No es realmente una puerta. Es una casa. Hará cinco años que la consiguió el viejo Ching. Era zapatero en Calcuta. Dicen que le dió muerte a su mujer estando borracho. Por eso abandonó el alcohol —el ron de bazar— y se pasó al Humo Negro. Después se vino al norte y abrió la Puerta de los Cien Pesares como un fumadero quieto y decente. Decente es la palabra: no era uno de esos apretados tugurios donde se asfixia el fumador. No: el viejo conocía bien el negocio y para chino era muy limpio. Era un tuerto bajito y le faltaban los dos dedos del medio. Sin embargo, nunca he visto un hombre más hábil para hcer pildoritas negras. No lo afectaba el humo, tampoco, y lo que fumaba día y noche y noche y día era una verdadera temeridad. Yo estoy hace cinco años en esto y no le cedo a nadie, pero yo no era más que un niño al lado de Ching. Sin embargo, el viejo cuidaba su dinero, lo cuidaba muchísimo, y eso es lo que no puedo comprender. Oí que dejó grandes ahorros, pero su sobrino los tiene, y el viejo ha vuelto a su país para que le den sepultura.



★

El mantenía la gran pieza de arriba tan prolija, como nueva. Allí se reunían sus clientes mejores. En un rincón estaba el ídolo de Fung Ching, casi tan feo como él, y siempre había pajitas perfumadas que ardían en sus narices, aunque cuando el humo era denso no se sentía. Enfrente se hallaba el atáud de Fung Tching. Había gastado gran parte de sus economías en él, y en cuanto alguno llegaba por primera vez a la puerta era inmediatamente conducido a él. Era de laca negra con cifras doradas y rojas; supe que Fung Tching lo había traído de China. No sé si era verdad o no, pero cuando llegaba temprano creo que estiraba mi estera a los pies del atáud.

Era un rincón tranquilo, sabe usted, y una especie de brisa del callejón entraba de vez en cuando por la ventana. Fuera de las esteras no había otra cosa en la pieza; únicamente el atáud y el tieso ídolo, todo verde y azul y rojo, de viejo y de pulido.

Nunca nos dijo Fung Tching porqué llamaba al lugar la Puerta de los Cien Pesares. Era el único chino que combinaba mal los nombres, pues la mayoría los hacen floridos como verá usted en Calcuta. Nada influye más en uno, cuando se es blanco, que el Humo Negro. Los amarillos son diferentes; el opio nos les dice casi nada, pero el negro y el blanco sufren mucho. Por cierto que hay personas a quienes el opio no impresiona más que el tabaco al principio. Toman una pequeña dosis, como para dormir naturalmente, y a la mañana siguiente están casi listos para el trabajo. Bien: yo era uno de esos cuando empezé, pero he sido perseverante durante cinco años y ahora es distinto.

Tenía una vieja tía en el camino de Agra; me dejó un poco al morir: unas sesenta rupias seguras, por mes. No es mucho. Recuerdo, y me parece que hacen cientos y cientos de años, una época en que sacaba mis trescientos por mes con pequeñas ventajas. Trabajaba en Calcuta en una empresa de maderas.

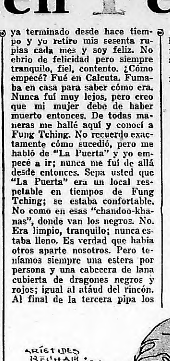
No me quedé mucho tiempo en ese trabajo. El Humo Negro no permite muchas otras ocupaciones; y aunque me afecta poco como Vd. está viendo, no podría hacer un día de trabajo a fin de salvarme la vida. Después de todo sesenta rupias es lo que yo quiero.

Cuando Fung Tching vivía me retiraba el dinero, me entregaba la mitad para vivir (como muy poco) y guardaba el resto. Yo era libre a cualquier hora en la puerta; podía fumar y dormir cuando quisiera, así es que no me importaba. Yo sé que el viejo hizo una gran cosa con eso, pero no importa. Nada me importa mucho a mí. Además, siempre venía y venía plata, todos los meses.

Siempre había diez de nosotros reunidos en la puerta cuando recién se abría el local. Yo y dos baboos de la oficina de gobierno de por ahí, en Anarkulli, pero habían sido echados y no podían pagar (ningún hombre que debe trabajar a la luz puede atender bien el humo); un chino que era el sobrino de Fung Tching, una mujer de Bazar que había ganado mucho dinero de cierta manera, un inglés vagabundo — Mac... Alguien creo pero no recuerdo — que fumaba "pilas" y nunca pagaba (Decían que le había salvado la vida a Fung Tching en un proceso en Calculta cuando era abogado). otro eurasiano como yo, de Madras; una mestiza, y dos hombres que decían venir del norte. Creo que debían ser persas o afganes, algo así. Sólo cinco vivimos ahora, pero venimos regularmente. No sé qué fué de los baboos, pero la mujer de Bazar murió al cabo de seis meses y Fung Tching tomó sus pulseras y sus aros, pero no estoy seguro. El inglés bebía tanto como fumaba y se murió. Uno de los persas fué muerto en una ronda nocturna junto al pozo cerca de la mezquita (hace tiempo la policía cerró el pozo porque decía que venía muy feo olor).

Como se ve, sólo quedamos el chino, yo, la mulata, a quien llamamos La Memsahib — vivía con Fung Tching — el otro eurasiano y uno de los persas. La Mensahib se ha puesto muy vieja. Creo que era una mujer joven cuando se abrió el local, pero todos somos viejos para el caso, viejos de cientos y cientos de años. Es difícil llevar cuenta del tiempo en la Puerta y, además, el tiempo no me interesa. Yo retiro mis sesenta rupias nuevas por mes. Hace mucho tiempo, cuando ganaba trescientos por mes en una empresa de Calcuta, tenía una mujer. Pero ha muerto. Dicen que la maté dándome al humo negro. Tal vez sea así, pero hace tanto de eso que no importa. A veces, cuando recién venía a la puerta, me daba remordimiento, pero eso está ya terminado desde hace tiempo y yo retiro mis sesenta rupias cada mes y soy feliz. No ebrio de felicidad pero siempre tranquilo, fiel, contento. ¿Cómo empecé? Fué en Calcuta. Fumaba en casa para saber cómo era. Nunca fuí muy lejos, pero creo que mi mujer debo de haber muerto entonces. De todas maneras me hallé aquí y conocí a Fung Tching. No recuerdo exactamente cómo sucedió, pero me habló de "La Puerta" y yo empecé a ir; nunca me fuí de allá desde entonces. Sepa usted que "La Puerta" era un local respetable en tiempos de Fung Tching; se estaba confortable. No como en esas "chandoo-khanas", donde van los negros. No. Era limpio, tranquilo; nunca estaba lleno. Es verdad que había otros aparte nosotros. Pero teníamos siempre una estera por persona y una cabecera de lana cubierta de dragones negros y rojos; igual al atáud del rincón. Al final de la tercera pipa los dragones se movían y peleaban. Yo los he mirado durante muchas, muchas noches. Me media en esa forma, y ahora necesito una docena de pipas para hacerlos dar vueltas. Además están todos rotos y sucios, como las esteras, y el viejo Fung Tching ha muerto. Murió hace dos años y me dió la pipa que siempre uso, una de plata, llena de animales extraños que aullan de arriba para abajo, por el recipiente y la taza. Antes de esto creo que usaba una gran pipa de bambú con una taza de cobre, muy chica, y boquilla de jade, un poco más gruesa que el mango de un bastón, y se fumaba suave, muy suave. El bambú chupaba el humo, la plata no, y tengo que limpiarla de vez en cuando. Me da mucho trabajo pero la fumo en memoria del viejo. Debió sacar partido de mí, pero siempre me daba esteras limpias y almohadones y el mejor opio que hubiera.

Cuando murió, su sobrino Tsin-Ling se hizo cargo de la puerta y la llamó "El Templo de las tres Posesiones", pero los viejos la llamamos así mismo "La Puerta de los Cien Pesares".



El sobrino hace todo muy mezquina y la mensahib la ayuda, creo. Vive con él, lo mismo que con el viejo. Ambos dejan entrar toda clase de populacho, negros y todo, y el humo negro no es tan bueno como fuera. He hallado afrecho quemado en mi pipa muchas veces. El viejo se hubiese muerto si eso hubiera sucedido en sus tiempos. Además, la pieza siempre está sucia y las esteras rotas y cortadas en los bordes. El cajón volvió a China. Con el viejo y dos onzas de humo dentro en caso que las quisiera. El ídolo no tiene tantas pajas que arden en sus narices — signo de mala suerte, tan seguro como la muerte —. Se ha ennegrecido, también, y nadie lo cuida ahora. Sé que en eso interviene la mensahib, porque cuando Tsing Ling quiso quemar papel dorado delante de él le dijo que era un derroche, y si dejaba quemar lentamente una paja el ídolo no sabría la diferencia. Así tenemos ahora pajas mezcladas con gran cantidad de cola; tardan media hora para quemar y despiden un olor apestante que dejan el olor de la pieza por su cuenta. Nada podrá realizarse si ellos hacen las cosas de esa manera. "El" se disgusta. Lo veo. A veces, tarde en la noche, se pone de toda clase de extraños colores —azul, verde y rojo—, lo mismo que cuando vivía el viejo, y hace girar sus ojos y golpea el piso con los pies, como un diablo.

No sé porqué no me voy de la puerta, a fumar tranquilamente en una piecita que tengo en el Bazar. Lo más probable sería que Tsin Ling me matara si me fuese — él saca mis sesenta rupias ahora —. Además, es mucho trabajo, pues me he acostumbrado y me gusta la puerta. Tan linda no es; no es como en tiempos del viejo... pero no podría irme. ¡He visto entrar y salir tanta gente! Y he visto a tantos morir en las esteras que tendría miedo ahora de morir al aire libre. He visto algunas cosas que la gente llamaría bastante extrañas, pero nada es extraño en el humo negro más que el humo negro. Fung Tching era muy especial con su gente y nunca llevaba personas que pudieran dar trabajo muriendo en desorden, y así... Pero el sobrino no es tan cuidadoso.

Le cuenta a todo el mundo que tiene una casa de primer orden. Nunca se preocupó por hacer entrar a los hombres silenciosamente e instalarlos confortablemente, como hacía Fung Tching. Esta es la razón por la cual la puerta se está haciendo un poquito más conocida de lo que fuera, entre los negros, claro está. El sobrino no se anima a llevar un blanco o un mulato. Nos conserva a nosotros tres — yo, la mensahib y el otro eurasiano — porque somos ya estables. Pero por nada nos fiaría "una pipa".

Uno de estos días espero morirme en la puerta. El persa y el hombre de Madras están terriblemente temblones y tienen un caddy para encenderles las pipas. Yo siempre hago eso solo. Los veré arrastrarse antes que yo. No creo poder sobrevivir a la mensahib o Tsing Ling. Las mujeres duran más que los hombres en el humo negro, y Tsing Ling tiene mucho del viejo y por eso fuma "del barato". La mujer del Bazar supo dos días antes que se moría y murió en una estera limpia, con un almohadón bien mullido, y el hombre colgó su pipa encima del Budha.

Siempre la quiso, creo. Pero lo mismo tomó sus anillos y sus pulseras.

Yo quisiera morir como la mujer del Bazar, en una estera limpia y fresca, con una pipa del bueno entre los dientes. Cuando sienta que me voy se lo pediré a Tsin Ling y podrá seguir retirando mis sesenta rupias por mes, hasta que se harte. Luego me echaré de espaldas, tranquilo y confortable, y veré a los dragones rojos y negros pelear su última batalla, y después...

Después, nada me importa mucho a mí; sólo quisiera que Tsin Ling no pusiera afrecho en el Humo Negro.

3 PARES DE ZAPATOS

Por Andrés Birabeau

Ilustración de GUEVARA

EL cerrar la puerta en las narices de un acreedor impertinente no resuelve el problema: el acreedor volverá por segunda y por tercera vez.

Jack Buval con tristeza recordaba aquella época cuando podía liberarse de su zapatero dándole un puntapié calzado en los zapatos sin pagar.

Ahora este ciudadano (el zapatero) llevaría el asunto de manera que no permitiría semejante acción. Aun más todavía, el acreedor se pone tan repelente que Jack siente un deseo ardiente de pagarle con tal de no ver su atrevida y antipática cara.

Desgraciadamente en estos momentos trágicos a Jack le falta lo principal: el dinero.

Jack no pertenece a la clase de gente a quien le gusta trabajar; se mantiene generalmente con lo que pide prestado a sus amigos, "hasta el martes".

Este "negocio" está organizado muy bien, comercialmente. Jack tiene una larga lista de personas que divide en tres categorías: "fáciles", "difíciles" e "inabordables". Las dos primeras no exigen explicación: a la última pertenecen amigos y conocidos a quienes ya no se puede "sablear" más. Al lado de cada nombre está anotada la suma y la fecha.

Jack asegura a sus amigos, y un poco a sí mismo, que lleva esa teneduría con el fin de saber cuánto debe y cuándo tendrá que pagar, pero es más sencillo suponer que esa teneduría le indica a quiénes y cuándo se puede dirigir para pedir tal o cual suma "hasta el martes".

El día que Jack resolvió firmemente pagar a su zapatero el estado de su lista era pésima. A todos los "fáciles" ya les había pedido distintas sumas, de manera que ellos automáticamente se convertían en "difíciles". Cierto es que podía animarse y hacer una tentativa con los "inabordables", pero para eso hacía falta inventar algo ingenioso y Jack no se sentía inspirado.

Sonó el timbre de la puerta y Jack aguzó el oído.

—¿Sería posible que sea otra vez el zapatero?

Sea como fuese hay que abrir sino este sinvergüenza es capaz de romper el timbre antes de irse.

Jack abre la puerta. No es el zapatero sino Paul Antier, su antiguo amigo. Jack mentalmente revisó su lista y pensó:

—¡Diablos! Qué mala suerte... El destino me manda en estos difíciles momentos un amigo, pero es de los "inabordables".

—¡Amigo querido! — empezó Paul al sentarse en uno de los sillones — tú podrías hacerme un gran favor, salvarme la vida...

—No me asustes... Explícate.

—Es decir, no se trata de salvar la vida en el sentido material de la palabra, pero de tí depende que yo fuera el más feliz de los mortales o que quede humillado y avergonzado para toda la vida.

Ah... ¿Y de qué se trata? Seguramente alguna historia amorosa...

—¡Qué perspicaz eres! Yo siempre he admirado tu inteligencia. Si, tienes razón, es una historia amorosa. Imagínate, conquisté una mujer de la mejor sociedad, inteligente, culta, rica, casada, sentimental, orgullosa... pero no te rías, tonto, te digo que es de la mejor sociedad...

—Muy bien, te creo pero... ¿en qué puedo ayudarte?

—No te apures y escucha: la conocí y empecé a hacerle la corte y... ¡la conquisté!. . Pero no te rías como un estúpido, sino te voy a contar nada...

—Me río porque estoy contento, contento por tí, por tu felicidad...

—La conquisté pero justamente aquí empieza la tragedia... Tú sabes que yo vivo en la casa de mi hermana y no puedo recibir a nadie ¿me comprendes?

—Sí, sí, continúa...

—Desde que mi victoria es completa empecé a buscar un pequeño departamento, una "garconniere" y no encuentro nada ¿me comprendes? ni un departamente aceptable, la verdadera crisis de viviendas... ¡caramba!... En algunas casas me han prometido algo para el mes de marzo, pero esperar más no es posible. Mi diosa expresó el deseo de ver mi casa y yo estoy representando un papel de zonzo. No le puedo decir que vivo en la casa de mi hermana, ella jamás me perdonaría una vulgaridad semejante... Y ahora para colmo su último capricho...

¿Qué capricho?

—¿Sabes que se acerca la Navidad. Anteayer ella me dijo que su esposo se ausenta por un negocio urgente a Inglaterra y que le gustaría pasar la Nochebuena conmigo, pero no puede invitarme a su casa por los sirvientes y si yo le prometo un verdadero árbol de Navidad, con velitas, nueces doradas y una gran estrella en la copa, ella iría a mi casa para resucitar recuerdos de la niñez.

¡Ah!... Son muy originales los recuerdos de la niñez de esta señora..

¡Zonzo! Yo te dije que es de una naturaleza sentimental y fina, tú no entiendes nada de eso ,pero ahora vamos al asunto...

—Ahora el asunto es que tú quieres que te preste mi departamento para la Nochebuena.

—Jack, eres de una comprensión asombrosa, te das cuenta de todo sin una palabra. Yo siempre dije que si tú hubieras estudiado o hubieras trabajado en algo llegarías a mucho...

—Basta, basta, ahora no hablamos de eso; claro que te haré este favor y te prestaré mi departamento. ¡Ni qué hablar!... Ven aquí directamente al atardecer o cuando quieras, la llave la tendrá el portero. Te recomiendo que le des una propina, él adora estas atenciones y te servirá muy bien.

Paul encantado llegó hasta darle un beso a su amigo y corriendo bajó las escaleras. Jack se limpió la cara con su pañuelo, sacó su famosa lista y pasó el nombre de Paul Antier de la categoría de los "inabordables" a la de los "difíciles".

La propina tuvo una acción mágica sobre el portero. Escuchó a Paul con suma atención y solemnemente declaró que "el señor puede estar tranquilo, pues él personalmente atendería a la señora y la guiaría hasta el departamento.

Paul llegó al departamento a la mañana y trabajó como un burro todo el santo día. Cambió la disposición de los muebles, sacó de las paredes algunas fotografías, dejando todas las femeninas; cambió algunas luces para más efecto y al fin ubicó y arregló el principal motivo de la fiesta, el árbol de Navidad.

A las ocho ella apareció, rosada y encantadora como una ilusión, llenando el departamento con la fragancia de perfumes caros, de juventud y de frescura. Paul quedó embobado, sin atreverse a acercarse a ella.

—¡Que lindo departamento! — exclamó en el umbral del salón, — ¡qué encanto! No en vano se dice que la vivienda refleja el alma del dueño. Así me lo imaginaba: todo sobrio, elegante, de buen gusto, inteligente, como usted mismo...

—No se burle de mí, — murmuró Paul ruborizándose de placer, — es solamente una "garconniere", un soltero no puede ocuparse de la casa.

—¡Oh no! En todo está el sello de buen gusto. Estas alfombras,, cortinados, cuadros. Muy, muy lindo, se ve que usted no es una persona avara; es usted una naturaleza amplia... Yo no soporto las personas tacañas, por eso tengo cuestiones con mi marido...

Ella se tapó la boca con la mano, miró sonriendo a Paul y con un movimiento armonioso se sentó en un cómodo sillón.

Pregustando el efecto de la sorpresa Paul corrió la cortina que separaba el salón del escritorio, y el árbol de Navidad apareció en todo su esplendor con sus luces y adornos. Ella dejó escapar un ¡ha! muy elocuente y se quedó pasmada, francamente extasiada. Miró un rato el árbol; por sus ojos cruzó una leve sombra de tristeza provocada por recuerdos dulces y lejanos...

—Qué bueno es usted, — dijo quedamente tomándolo de la mano.

Paul se sentó en la alfombra a sus pies.

—Así estoy muy bien — murmuró ella — quedémonos así, sin hablar, mirando el árbol.

En ese momento se oyó el timbre fuerte y atrevido. Ella asustada miró a Paul.

—¿Quién es? ¿Espera usted a alguien?

—No . a... a .. nadie, eso no debe ser para mí...

El también se asustó. Representaba con tanta naturalidad el papel del dueño de la casa que ya le parecía que el departamento le pertenecía, y el desconcertante timbre lo hizo volver a la realidad.

—Aunque no sea para usted debe abrir para ver quién es... Tengo miedo...

Paul también comprendió que lo mejor sería abrir, pues de lo contrario el misterioso visitante quizás insistiría más.

Después de cerrar todas las puertas Paul salió al vestíbulo y, dándose ánimo, abrió la puerta.

Delante de la puerta estaba un hombre de anchos hombros y cara enrojecida. Miró con cierto desprecio a Paul y dijo:

—Tengo que ver al señor Jack Buval.

Pau se tranquilizó: el visitante era para Jack.

—El señor Buval no está en casa.

El desconocido enrojeció más todavía y golpeó con el puño la puerta con tanta fuerza que cayó la pintura del cieloraso.

—Déjese de embromar, bastante me hizo esperar; sé que Buval está en casa y deseo verlo inmediatamente; dígale que no me iré sin verlo.

—Pero ¿quién es usted? — preguntó Paul molesto por los gritos del desconocido.

—El sabe muy bien quién soy, soy su zapatero y tengo su cuenta sin pagar desde ya un año. Hoy es la víspera de la fiesta, necesito plata y no me iré sin cobrar mi cuenta... ¿Me entiende usted? ¡No me iré!

Las últimas palabras del zapatero semejaban rujidos del león.

—Pero yo le digo que el señor Buval no está en casa ha salido...

El zapatero miró a Paul con tanta rabia y tan resueltamente llenó sus pulmones de aire para gritar más fuerte todavía que Paul se asustó de veras.



—¡Por Dios! No grite tanto... hay aquí... un enfermo. Si es necesario yo le pagaré la cuenta.

"Habrá que cobrarle después a este animal de Jack", — pensó Paul.

El zapatero se tranquilizó en seguida.

—Esto es otro cantar, así hubiera empezado. Y me viene con la historia de que no está en casa... ¿Quién le va a creer? No soy ningún zonzo...

—¿Cuánto es la cuenta? — preguntó Paul impaciente, pensando: "Espero que no será más de 500 francos".

—Aquí está la cuenta: "Por tres pares de zapatos a medida encargados por el señor Buval 1.500 francos".

Los ojos de Paul salieron de las órbitas.

—¿Cuánto?...

Son 1.500 francos, repitió el zapatero.

"Derrochador, animal, atorrante, — mentalmente insultó Paul a su amigo, — 1.500 francos por tres pares de zapatos gasta este sinvergüenza...

—No tengo conmigo tanta plata, — trató de explicar al zapatero — venga usted mañana...

—¡Basta! Deseo recibir mi plata, ¡me fastidia esta comedia! —rugió el zapatero acompañando cada palabra con un golpe en la puerta, que temblaba como un arbolito en una noche tormentosa.

—No grite, no grite, por favor, —suplicó Paul.

Por su mente cruzaron distintos pensamientos. ¿Qué hacer? ¿Pagar a este bandido 1500 francos? Pero es plata perdida. ¿Negarse a pagar y echarlo afuera? Pero entonces él levantará un escándalo, "ella" saldrá y se va a enterar que no soy el dueño del departamento. ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! No, es preferible perder 1500 y no a la persona querida que está allí sentada mirando con sus hermosos y entristecidos ojos el árbol de Navidad...

—Aquí tiene usted el dinero, —resueltamente dijo Paul—, deme la cuenta y mándese mudar en seguida.

—¿Qué pasa? ¿Quién vino? —preguntó "ella" a Paul apenas él traspasó el umbral de la sala — temí tanto por usted...

—No es nada, era mi zapatero...

—¿Y por qué gritaba tanto?

—Este... él es sordo como una tapia y los sordos ¿sabe usted? gritan mucho al hablar.

—Pero qué idea la de este hombre, venir en la Noche Buena..

——Quería cobrar la cuenta; el pobre necesita el dinero, aunque la cuenta es insignificante: 1500 francos por tres pares de zapatos.

—¡1500 francos por tres pares de zapatos! ¡Qué derrochador es usted! Pero yo noté en seguida que usted usaba un calzado magnífico.

—Y... ¿qué va a hacer? No es posible economizar en el calzado.

★

—Estoy muy contento de haberte hecho un favor prestándote mi departamento, —dijo al otro día Jack a su amigo— y gustosamente te ofrezco mi casa si la necesitaras otra vez, pero no comprendo por qué has roto en pedazos todas las fotografías femeninas que adornaban las paredes.

—¡Por Dios, discúlpame! Es que mi amiga es muy celosa.

—¿Muy celosa? ¿Me cela a mí?

—No a tí... como no lo comprendes... Ella pensaba que yo soy el dueño del departamento... Y, a propósito, tengo una cuenta contigo.

Jack lo miró extrañado.

—Después de todo, todavía yo te debo plata a ti. ¿Por qué?

Paul le contó la visita del zapatero.

—¡Cómo! —se indignó Jack— ¿y tú le pagaste 1500 francos? Pero ¿quién te lo pidió? ¡Si es un bandido este zapatero! Siempre pide una cuenta triple por su mercadería. Jamás en la vida le pagaría 1500 francos .. Es una locura... Me has hecho un flaco servicio...

Paul se sintió abofeteado.

—Comprendes .. yo no sabía qué hacer... El amenazaba con un escándalo..

—Pero, ¿y qué hay? deberías echarlo simplemente...

—No pude... tenía miedo... ¿Comprendes?... Mi situación...

—¡Ah! tu situación... Y por tus aventuras soy yo quien paga el pato...

—Pero no, hombre, yo mismo comprendo que soy culpable, me devolverás cuando tengas plata disponible, no corre prisa...

—Y bien, entonces es otra cosa, —suspiró Jack con alivio—, me has asustado de veras .. 1500 francos es una suma respetable...

Una hora más tarde Jack estaba en la casa del zapatero.

—De modo que el asunto resultó lo más bien, —dijo—, usted cobró 1500 francos, de los cuales 500 son para usted, como pago de mi factura y los mil restantes para mí. Gracias a usted pude cobrar a este pillastre la cuenta que me debe desde hace unos años; estuve obligado a recurrir a esta picardía. ¡Qué se va a hacer! En la época en que vivimos, sin eso no se consigue nada... Muchas gracias, amigo, no se moleste, no me acompañe, conozco bien el camino; volveré uno de estos días para hacerle un encargo grande...

HA DESAPARECIDO UNA PERLA

UN CUENTO POLICIAL

POR

JUAN ERFJORD

ILUSTRACION DE GUEVARA

★



CUANDO Lady Chatterton penetró en la aristocrática sala de juego del Real Casino, su presencia mereció la atención de todas las personas allí reunidas. Indudablemente, la singular belleza que poseía y el lujo y elegancia de su toilette, constituían la causa primordial de la curiosidad despertada. Entre las personas, a quienes tanto afecto produjo esta aparición, contábase una, cuyo interés respondía a motivos más importantes que los de la simple curiosidad, y cuyas reacciones y sentimientos podemos calificar de sinceros. Esa persona no retiró ni un instante la mirada del alto y hermoso pecho de la dama, sobre el que descansaba, pendiente de una fina cadenita de platino, una voluminosa, y, a no dudarlo, preciada perla. Lady Chatterton, después de contestar graciosamente con leves movimientos de cabeza y amistosas sonrisas el saludo de algunos de los presentes, se dirigió hacia una de las mesas de juego, desde la que llegaba, conjuntamente con el rumor de las fichas, la voz imperiosa del "croupier", ordenando: hagan juego, señores. Pocos instantes bastaron para que la atención general fuese absorbida nuevamente por el apasionamiento de éste, y cesase el interés despertado por la presencia de la dama. Una sola persona seguía siendo fiel a la impresión recibida. Estaba de pie, frente a la misma mesa en que se había detenido Lady Chatterton y no se apartaba de su lado. El juego continuó por espacio de una media hora, sin ofrecer en su desarrollo mayores anormalidades o momentos de emoción, que una serie de cinco rojos, cortada por el cero y la salida del 17 en dos jugadas consecutivas. Esta monotonía, sin embargo, no duró mucho tiempo, aunque es bueno decir, que si hubo cambios, ellos no se debieron a las alternativas del juego.

Cuando en la vuelta 24 la bolilla se detuvo en el número 32, no fué sólolavoz del "croupier" la que se hizo oír anunciando el resultado de la jugada, sino también la de una mujer, que no se cansaba de exclamar:

—Mi perla... me han robado la perla...

Esta noticia produjo, como es de imaginarse, el consiguiente revuelo, y trajo, como consecuencia inmediata, la paralización total de las actividades de la sala y la clausura de las salidas. Una vez restablecido el orden, se comprobó que la desaparición de la perla no era el único hecho delictuoso ocurrido en esos momentos. En efecto, otra de las damas asistentes notó que su collar había sido cortado, hecho del que se apercibió por el ruido que hizo una de las perlas desgranadas al caer sobre el piso. Al efectuarse el recuento de éstas por su dueña, se verificó, sin embargo, que no faltaba ninguna.

Minutos después, se hizo presente el inspector de policía, Thomas O'Roarke, de la sección Seguridad Personal de Scotland Yard, que penetró en compañía de algunos empleados del Casino y de su ayudante, el sargento Hearne. El inspector O'Roarke era un hombre alto, de una complexión sólida y robusta, condición esta última por la que podía juzgársela de una estatura más bien normal, pero observándolo tal como yo lo hacía en esos momentos, parado junto a las personas que lo rodeaban, no cabía duda alguna respecto a su altura. Su cara era llena y apacible y aunque bastante colorada, su expresión era simpática. En cuanto a su edad, no aparentaza arriba de cincuenta años.

La primera medida del inspector, una vez informado de lo sucedido, fué prohibir la salida de cualquier persona, disponiéndose en el acto a un registro general, tanto de los concurrentes como de todos los rincones del local. Esta operación, que duró alrededor de dos horas, no dió otro resultado que el hallazgo de la cadenita de platino que sostenía el colgante desaparecido. Este, en ningún momento pudo ser retirado del salón, considerando que todas las ventanas habían estado herméticamente cerradas, debido a la temperatura invernal y a que ninguna persona dejó la sala desde la aparición de Lady Chatterton hasta el descubrimiento del robo. Todas estas comprobaciones llevaban a la conclusión, que la perla no había salido del local, existiendo, por lo tanto, la seguridad de que sería rescatada. Esta convicción, empero, a medida que el tiempo transcurría, se fué desvaneciendo, hasta llegar un término, en que se dudó, con bastante motivo, de la permanencia de la perla en el interior del recinto. A esta altura de la situación y por sugerimiento especial del inspector O'Roadke, se solicitó la presencia del conocido investigador mister S. T. Reed, que tan lucida actuación había desarrollado en un sinnúmero de casos recientes.

Entre mister Reed y el inspector O'Roarke existía una antigua y fiel amistad, que había reportado al segundo una innegable ayuda para el esclarecimiento de muchas situaciones difíciles, pudiendo agregarse, que, sin esta colaboración, hubiesen permanecido en la más absoluta oscuridad.

Mister Reed era un hombre que difería mucho del inspector. Más bajo que éste, delgado, de cara pálida y finas facciones, no era un modelo de fuerza física ni poseía el aplomo que trascendía de la figura de O'Roarke. Sus ojos grises, pequeños y luminosos, que se acentuaban con la palidez de su rostro, tenían, sin embargo, una agudeza y movilidad, de las que carecían los infantiles y siempre asombrados del otro.

Cuando mister Reed llegó al lugar de los hechos, el inspector se apresuró a ilustrarlo sobre todos los pormenores del caso. Una vez que éste hubo dado término a su informe, su interlocutor permaneció unos segundos en silencio, para decir después:

—Francamente, la situación es bastante curiosa. Por un lado, la imposibilidad manifiesta, de que la perla haya podido abandonar este sitio y por otra, la misma imposibilidad, de que se encuentre en él. A mi parecer, —continuó— hay una sola condición, bajo la cual estas dos imposibilidades estarían perfectamente explicadas, sin excluirse mutuamente y ella sería, que el robo o pérdida del objeto, en cuya búsqueda estamos, hubiese tenido lugar fuera de este recinto, es decir, ante de la entrada de su poseedora.

—Sí; comprendo lo que usted insinúa —expresó O'Roarke— pero esa probabilidad está plenamente desvirtuada por las declaraciones de distintas personas, que han tenido oportunidad de observar la presencia de la perla sobre el pecho de Lady Chatterton y por el hallazgo de la cadenita.

—De eso precisamente deseaba asegurarme —explicó mister Reed— para situarnos en el verdadero punto de partida. Sabemos que la perla ha tenido existencia real dentro de este salón y que no puede haber salido de él. Que todo se ha revisado, centímetro por centímetro, objeto por objeto, persona por persona y que ella no ha sido hallada. Estos conocimientos —agregó— nos llevan a una conclusión, que yo considero de suma importancia para el éxito de nuestras gestiones y es la siguiente: si la perla no se encuentra oculta en ninguno de los sitios posibles, en que podía o debía estarlo lógicamente, podemos asegurar, que no se encuentra en esa situación o, mejor dicho, que tal vez sólo se halle disimulada por alguna circunstancia favorable que la sustrae a nuestra atención y, por lo tanto, a ser puesta en evidencia.

—Conclusión no muy halagüeña, por cierto — exclamó el inspector — considerando, que, aparte de mis ojos, varias docenas de pares han recorrido todos los sitios imaginables con la esperanza de posarse sobre el objeto de nuestras cavilaciones y esto sin ningún resultado. Además —continuó— no creo que esa paradoja, de que se encuentre oculto pero a la vista ofrezca muchas perspectivas de éxito que digamos.

—Tiene usted razón en no mostrarse muy satisfecho con esta conclusión —respondió su interlocutor — pero, a mi parecer, el hecho que nuestros ojos pierdan su cualidad de percepción frente a la perla de Lady Chatterton, no indica que ocurra un caso análogo con nuestro cerebro, hasta el punto de convertirnos en entes sin ninguna inteligencia ni razonamiento. Puedo asegurarle—añadió— que si ese objeto tiene alguna condición especial que anula parte de nuestros sentidos, cosa ridícula e inadmisible desde todo punto de vista, esa influencia se hará sentir muy poco en lo que concierne a mi persona. En cuanto a eso de la paradoja, que usted dice haber encontrado en mis conclusiones, es muy fácil de desentrañar y no encierra en sí, ninguna grave contradicción. Me ha llevado a formarme una idea bastante aproximada sobre el lugar, en que la perla ha podido sustraerse a todo examen y ha permanecido invisible. Es decir, aquel en que se encuentra oculta, pero a la vista.

—¿Pero, entonces —exclamó lleno de impaciencia — el inspector— sabe usted dónde se halla actualmente y cuál es el ladrón?

—Yo no he dicho tal cosa — respondió el otro— sólo he dado a entender, que sospecho la naturaleza de ese lugar, haciéndole presente, que en esta sala existe un número importante de sitios que reunen esa condición.

—Sí, —respondió su antagonista— cada vez más impaciente y con el único propósito de que mister Reed se pronunciara— todos los rincones de este salón, las personas y aun los objetos contenidos en él. Si esa es la idea que Vd. se ha formado, es la misma que todos tenemos desde un principio y la cual no nos ha conducido a ninguna parte.

—No dudo, inspector —expresó mister Reed— que usted sea capaz de abrigar semejantes ideas, pero a pesar de su simpleza, ella era suficiente para haber dado con la perla y tal vez con el ladrón, cosa que le voy a demostrar en seguida. De acuerdo a sus manifestaciones, tenía usted la seguridad que el colgante robado se hallaba dentro de este salón, bien sobre las personas o los objetos contenidos en él. Se dispuso a buscarlo y para ello empleó un método muy ingenuo, que consistía en dar vuelta muebles, sillas, alfombras y todo lo existente, método cuyo resultado fué a todas luces negativo. La razón de este fracaso es evidente: porque en ningún momento, ni usted, ni las personas que lo secundaban, buscaron el objeto deseado, pues en caso contrario, es lamentable la ceguera de que han hecho gala. Cientos de perlas a la espera de que alguien se fijara en ellas, mientras la ofuscación por encontrar sola una, los mantenía ocultos debajo de las alfombras. Los desaparecidos, en este caso, amigo O'Roarke, discúlpeme que se lo diga, han sido ustedes y no la perla de Lady Chatterton. Dos horas merodearon por los contornos del bosque y no lograron siquiera distinguir uno solo de sus arbustos. Claro está, que aun les queda la disculpa de que el exceso de fronda les impidió individualizarlos.

—Sus ideas —interrumpió el inspector, algo picado por los reproches y críticas de que era víctima— podrán ser todo lo ingeniosas y pobladas de humorismo que usted pretenda, pero debo confesarle que no las entiendo, por efecto quizá de la misma frondosidad de esas virtudes o por su demasiada evidencia. ¿Se podría saber —preguntó a continuación, aparentando un aire de incredulidad que no llegaba a esconder el vivo interés que lo poseía— de qué medios especiales se ha valido para llegar a esa determinación y cuál es el lugar preciso a que se refiere?

—El único medio empleado ha sido un sencillo y corto razonamiento que he desarrollado en la siguiente forma: el sitio capaz de disimular ante nuestra vista un objeto cualquiera, en el presente caso una perla, debía poseer cualidades de forma, color o de determinada naturaleza, comunes o por lo menos semejantes a las del objeto citado. De acuerdo con esto, también podemos decir, que el lugar ideal por su seguridad sería aquel, constituído por unidades de la misma especie o de idéntica representación que el objeto que se trataba de ocultar. En nuestro caso, siendo esta unidad una perla, su escondite lógico sería entre las de su misma especie, dado que ellas abundan en esta sala. Por eso se me ocurre que la perla debe haber entrado a formar parte en alguno de los tantos collares que se exhiben ante nuestra vista. Se entiende, es claro, que para determinar con la exactitud requerida en cuál de ellos se halla, será necesario un previo proceso de eliminación, cuya base podría ser, por ejemplo, el tamaño de la perla, siendo con este interés que desearía contestara la siguiente pregunta:

¿La perla de Lady Chatterton era de un valor y tamaño poco común para esta clase de objetos, no es así.

—Efectivamente —respondió el aludido— su valor, según lo manifestado por su dueña, asciende a unas dos mil libras esterlinas, siendo el diámetro de la perla algo menor que el de una moneda de media libra.

—Con estos datos —dijo Mr. Reed, tomando de nuevo la palabra— me permitiré formular dos hipotesis, basadas en las siguientes consideraciones:

Primera. Si en el collar que tratamos de determinar la perla se hallara ocupando, de acuerdo a su tamaño, el sitio correspondiente a la de mayor volumen y las otras unidades guardasen la debida relación con ella, el valor de esta prenda resultaría verdaderamente fantástico. El cálculo de ese objeto es sumamente ilustrativo. Consideremos una diferencia gradual de cincuenta libras entre las unidades y apreciemos los extremos en estos valores: cien libras para la menor y dos mil para la central.

Aquí mister Reed tomó una pequeña cartulina de las que se utilizan en los casinos para anotar las jugadas y, sacando un lápiz, escribió sobre ella:

$$\frac{(100 + 2.000)\ (2.000 \times 50)}{4.000}$$

tachó en seguida algunas cantidades y puso este resultado: = 52.500

explicando: —Esto para la mitad, en la cual se halla la perla mayor. Para la otra obtendríamos 50.500, cifra que sumada a la anterior nos da la bonita suma de ciento tres mil libras esterlinas! Este número —expresó— es la base de mi primera hipotesis. Una persona que es poseedora de un número tan elevado de libras en una sola de sus alhajas, difícilmente se dispone a robar ni se siente atraída a cometer actos semejantes por una cantidad ridícula en comparación, como lo es en este caso la perla de Lady Chatterton al lado de las setenta y seis que formarían dicho collar. Un ladrón nunca cometería esa sonsera. Un enfermo, un cleptómano, un coleccionista, tal vez sí. Hipotesis número uno.

La segunda, que es la que considero más importante, tiene también en su formación un principio numérico. Cambiemos los valores diferenciales entre cada perla y en lugar de ser esta diferencia de cincuenta libras, supongamos que sólo fuese de un penique, que el collar tuviera el mismo número de perlas, setenta y seis, y que el valor de la menor fuese de un chelín. Hallaríamos entonces que dicha alhaja tendría un valor total de diez libras escasas. Ese collar de setenta y seis perlas a un precio tan exiguo, sería, indudablemente, falso y su poseedora no titubearía un instante para avalorarlo, apropiándose de una hermosa y real perla de dos mil libras esterlinas. Segunda hipotesis: el collar en que el objeto desaparecido se encuentra, es falso.

—Hipotesis ambas —exclamó con desaliento y sorna el inspector— que no nos exime de efectuar un prolijo examen de todos los collares existentes y nos obliga, por otra parte, a solicitar la presencia de un médico capacitado que ponga en descubierto ese extraño paciente, sindicado por usted como clepto-colecciómano-enfermista o algo parecido, ante el cual declaro desde ya que me rindo incondicionalmente.

—Apresuramiento que sería lamentable —contestó su interlocutor— desde que ninguna causa lo justificaría. Mi hipotesis que el collar es falto nos salvará, a pesar de su opinión contraria, de efectuar ese examen que tanto lo preocupa y además nos dará la solución completa del problema. Veamos si no. Dos son las condiciones esenciales que debe reunir el collar en cuestión: La primera que debe ser falso, según creo haberlo demostrado y la otra, para que la operación de añadirle una nueva cuenta hubiese sido posible, que fuera previamente abierto. Ahora —continuó— desearía hacerle una última pregunta. ¿Sabe usted en que se diferencia un collar legítimo al cual se le ha efectuado un corte, de otro falso en la misma situación?

—No —respondió el aludido— pues nunca he demostrado mucha facilidad para descubrir parecidos o diferencias. Si conoce la respuesta, sería preferible que me ilustrara al respecto.

—Si así son deseos, lo complaceré. La diferencia está en que el legítimo, en caso de sufrir un corte o rotura, no desgrana más que una sola de sus perlas a lo sumo, debido a que entre cada una de ellas existe un pequeño nudo que impide todo deslizamiento. Un collar falso que se corta, puede desgranarse por completo. Ahora recuerde una cosa. En esta sala, instantes después que Lady Chatterton fuera despojada de su pendantif, otra persona comunicó haber sido víctima de un intento de robo, ya que su collar había sido cortado, alcanzando a desgranarse algunas de sus perlas. Esa manifestación nos prueba que el collar es falto y que fué abierto, condiciones ambas que corresponden al de aquel en cuya búsqueda estamos. En consecuencia —dijo finalmente— ya sabe cuál es el sitio exacto en que se encuentra la perla de Lady Chatterton.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*



















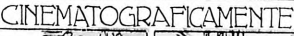
FLECHAS MORIBUNDAS



















DETRAS DE LA REVOLUCION

por

FERNANDO ROBLES

La ciudad de Silao presentaba un aspecto nunca visto; en la estación del ferrocarril había innumerables trenes estacionados en los escapes, mientras que las vías principales servían para el paso continuo de los trenes que llevaban refuerzos y provisiones al frente. Como ya he dicho en un artículo anterior, el combate desarrollábase en una línea de varios kilómetros que tenía por centro la estación de Trinidad; por lo tanto, era allí donde el general Alvaro Obregón tenía establecido el cuartel general a bordo de su tren. Por otra parte, el hecho de que fuera ese lugar el centro de la batalla significaba que ambos contendientes trataban de arrebatarse la vía de comunicación del centro del país que va directamente de la ciudad de México hasta Ciudad Juárez, en la frontera con los Estados Unidos. Así, en realidad, más que las poblaciones era la vía lo que se disputaban encarnizadamente, pues Obregón recibía refuerzos y municiones de Veracruz, capital provisional del país, pasando por México, y Villa hacía lo propio por el otro lado viniendo de la frontera.

En Silao organizábanse las brigadas, que luego eran distribuídas en los diferentes sectores. También allí llegaban las fuerzas que necesitaban descanso o debían ser reorganizadas por haber sufrido grandes pérdidas. Por todo esto la población vivía días agitadísimos que al mismo tiempo iban convirtiendo a la mayoría de los poltrones habitantes en activos comerciantes. El ejército mejicano es quizá el único del mundo donde el soldado no recibe comida de cuartel; así, en esos días, entregábanle una ración de harina, café, azúcar y otras provisiones y él debía buscarse la manera de preparar sus alimentos. Por eso muchos viajaban con mujeres y otros reuníanse en pequeños grupos de compañeros para alquilar los oficios de alguna cocinera que nunca faltaba, pero la mayoría optaba por cambiar sus raciones por alimentos ya preparados. Debido a todo esto había una turba de miles de acompañantes y vendedores que seguían constantemente la misma línea de fuego, donde vendíase la mercancía al doble precio que valía en la retaguardia. Estos vendedores hacíanse llamar pomposamente "comerciantes", y eran considerados como parte integrante del ejército, permitiéndoles viajar como impedimenta en los trenes militares.

Las infanterías permanecían en los trenes o acampaban junto a ellos, listas para embarcarse a la primera orden. La estación era, por lo tanto, una verdadera feria donde la tragedia y la pantomima confundíanse a menudo. Allí estaban los batallones yaquis, las famosas infanterías indias que debían dar la victoria a Obregón, probando así, una vez más, que esa arma es el nervio de la acción guerrera, táctica que no podía entender Villa, acostumbrado a sus hazañas de guerrillero, en las que, naturalmente, la caballería jugaba el principal papel por la rapidez de su movilidad, que permitía sorprender a un enemigo numéricamente inferior. Durante el transcurso de la batalla, que se prolongó por varias semanas, Villa siguió ordenando cargas feroces de caballería, que iban a estrellarse frente a las trincheras de los yaquis, a quienes su religión prohibe dar la espalda al enemigo, pues creen, pareciéndose en esto a los japoneses, que el alma de un guerrero muerto en combate sube inmediatamente al cielo. El yaqui es un bello tipo de indio alto, fuerte, bronceado, de inteligencia muy viva y posee una extraordinaria resistencia física. En aquella campaña vestían un uniforme kaki amarillo oscuro, calzaban sandalias de cuero e iban tocados con un sombrero tejano con cinta roja y adornado con varias plumitas de pavo. Cuando andaban mecíanse con el ritmo de los marineros, debido al enorme peso de las carrilleras que les circundaban la cintura; llevaban cuatro o cinco de esos cintos cubiertos de cartuchos relucientes y su lujo consistía en llevar el mayor número posible. Junto a los trenes, bajo los eucaliptos, muchos yaquis tendíanse para reposar y dormitar. En alguna ocasión, cuando un yaqui fatigado despertaba de su sueño, encontrábase semienterrado en la tierra, con su sombrero clavado en una estaca,, como si ya estuviera muerto; el yaqui saltaba sobresaltado y sus compañeros, autores de la broma, reían a carcajadas. Cuando partían, y durante la pelea, tocaban un diminuto tambor, que daba un sonido rápido y monótono, al que seguían como a una hembra. El tamborcillo yaqui es la voz de la tribu, la voz imperiosa de la raza que los invita a pelear contra el hombre blanco y nunca dejan de responder.

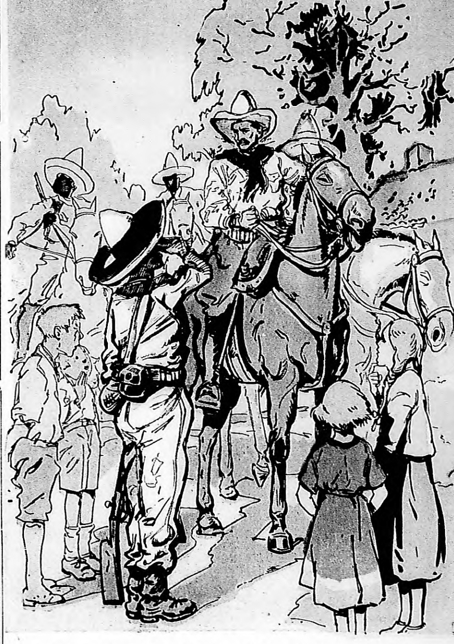
La estación del ferrocarril era un paseo divertidísimo que tenía, además, el atractivo del peligro, casi la emoción del combate, porque era frecuente que las armas se dispararan involuntariamente o muy intencionalmente en casos de riña o insubordinación, muy naturales en un ejército mal disciplinado. También tenían la costumbre todos los soldados de que en el momento de abandonar una población a bordo de un tren, disparaban sus armas desde arriba de los furgones, por lo que, desde la ciudad y aun desde lejos, podía apreciarse la importancia de la fuerza que partía por la intensidad y duración de las descargas. Estas salvas eran la forzosa despedida que muchas veces era para siempre y que ya tenían el sabor del combate.

Junto a los coches pullman de los generales siempre estacionábase una multitud de curiosos, ávidos de conocerlos. Los generales tenían admiradores devotos como en España los toreros y en Montevideo y Buenos Aires los futbolistas. La gente contaba las proezas de éste o aquél y pronosticaba sobre sus intenciones; muchos aseguraban que no sería fiel hasta el final de la batalla, mientras otros pretendían que era el llamado a decidirla. Los generales eran, en verdad, las estrellas del ruinoso y sangriento espectáculo de la revolución. Yo, adolescente, desde que nos habíamos instalado en nuestra casa de Silao, pasaba los días en la estación admirando a los generales; realmente nosotros, los mejicanos, aun los más rabiosamente civilistas y hasta socialistas, hemos deseado mucho llegar a ser generales. En México un general era algo verdaderamente único y estupendo. Casi todos vestían pantalón de montar y botas, casi nunca portaban el chaquetín, debido al calor primaveral de la estación, pero las camisas eran de la más fina seda y los amplios sombreros tejanos eran de la mejor calidad y extraordinariamente costosos; lucían a la cintura una flamante pistola automática sobriamente enfundada y suspendida de un cinturón cubierto de brillantes proyectiles, y en lugar de corbata anudaban al cuello un ancho pañuelo rojo de seda. Los oficiales de estado mayor disfrutaban del mismo lujo de sus jefes, y había en todas las brigadas, sobre todo en las villistas, una verdadera rivalidad de esplendidez. Cada brigada tenía su banda de música, que hacía oír frecuentemente sus acordes cerca del tren. La mayor parte de los generales hacíanse acompañar durante la campaña por alguna amante, y ésta era siempre una linda y lujosa muchacha, que ponía un color romántico a las aventuras guerreras del militar.

Una tarde en que paseaba por la estación tuve la agradable sorpresa de encontrarme a un antiguo amigo de mi familia que no suponíamos en la revolución y que ahora me abrazaba vestido con uniforme de capitán primero de estado mayor. El también alegróse mucho de encontrarme en aquella ciudad y me invitó a que lo acompañara a presentarse al cuartel general de la Brigada Regionales de Coahuila. Poco faltó para que yo le saltara al cuello; él iba a recibir órdenes del coronel Chapa, jefe del estado mayor, y yo quizá iba a tener oportunidad de conocer al general Alejo González, que con el general Maycotte disputábase por entonces el honor de la juventud y de la valentía entre los carrancistas. Ya era popular en el frente la amistosa rivalidad de estos dos generales, que deseaban superarse en bravura. Por eso yo no podía dejar escapar aquella oportunidad de conocer a uno de los valientes generales.

Desgraciadamente, en el pullman del general sólo encontramos al jefe del estado mayor en compañía de otros oficiales. Todos ellos comentaban los incidentes de la última batalla en que habían intervenido, y felicitaron, no sin cierta envidia, a mi amigo por su comportamiento durante la acción que le había valido un galón más y la predilección del general. Mientras conversaban subieron al vagón dos muchachas, en compañía de un coronel que buscaba al general. Una era rubia y de regular estatura, pero con un cuerpecillo de primor; según me dijeron después era la amante de un general, pero bien podía suponérsele una damita de la mejor familia; la otra era morena y de ojos profundos, toda ella capullo criollo en flor. Ambas llevaban grandes sombreros tejanos de color blanco y cubríanse con amplias capas militares. No sé si me las presentaron, pero lo cierto fué que yo toqué sus manos y desde aquel momento ya no pude olvidarlas y pronto despertóse en mí el atavismo guerrero de mi raza; ya sólo deseé ser militar y llegar a ser general para morir en una acción junto a una mujercita como aquellas, que llorara mucho y cubriera la trágica mueca de mi muerte bajo la ancha ala de su blanco tejano.

El general Alejo González no llegó porque estaba conferenciando con otros jefes; pero mi amigo fué autorizado por el coronel para que tomara ocho días de descanso donde quisiera. Al salir del vagón y confundirnos entre la multitud de la estación, mi amigo me tomó por el brazo y me dijo muy quedo: "Eso era lo que quería, ya no puedo más, en ese maldito combate hemos perdido tres compañeros del estado mayor y más de la mitad de la escolta; mucho me temo que en el próximo sea a mí a quien me toque caer. Figúrate que hace dos días acompañamos al general a conferenciar con Obregón; después, en Trinidad, tomamos los caballos y nos reunimos al estado mayor del general en jefe del ejército, que proponíase, acompañado por mi general, visitar un sector de la línea de fuego donde el enemigo había hecho replegar toda una brigada esta mañana. Llegamos a un rancho casi destruído por el cañoneo, en el que los nuestros, pie a tierra, resistían al enemigo, sumergidos entre el lodo de las zanjas. En aquel momento apenas se oía de cuando en cuando una detonación, pero ambos contendientes se espiaban, listos para echarse el uno sobre el otro. Detrás del rancho, protegidos por los bordes de las presas, estaban los caballos y unos cuantos soldados de refuerzo. El general Obregón ya había ordenado que se movieran unos batallones rojos para ese sector, pues quería aliviar la penosa situación de los nuestros, que tenían que permanecer en el lodazal de las zanjas, y además desconfiaba mucho del enemigo, que había ocupado la excelente posición de la loma. Obregón decía que por aquel lado el enemigo debía estar muy fuerte para haber hecho replegar a toda una brigada, y el general encargado del sector aseguraba que el enemigo había sido reforzado, pues la acción había sido rápida y mortífera para los nuestros. En efecto, el campo que se extendía entre el rancho y la loma estaba cubierto de cuerpos inmóviles que aun no despedían mal olor. Así, el general Obregón opinaba que sería muy conveniente darle un "piquetito" al enemigo por ese lado para ver cómo respondía, pero lamentábase de no tener a mano fuerzas suficientes de caballería para intentarlo. "Válgame, mi general —dijo Alejo—, yo le aseguro que para tomar esa porquería de loma no se necesita mucha gente". "Sí se necesita —respondió Obregón—; no podemos hacerlo con menos de quinientos hombres". "Quinientos hombres... —repuso Alejo González— yo con tan sólo mi estado mayor y mi escolta la tomo". "Estás loco —le decía Obregón sonriendo—; estos malditos villistas deben ser muchos, y me temo que intenten un flanqueo por aquí". "Bien, mi general; con permiso de usted ahora mismo lo vamos a ver". Y sin esperar la respuesta de Obregón picó duramente en los ijares al caballo, que arrancó del grupo de jinetes. "¡Eh, hijos! ¡Alistarse! Vamos a ocupar aquella loma. Ordenen a la escolta que se disperse bien para evitar que nos tumben mucha gente. Los oficiales harán fuego sobre todo soldado que vacile; conque ya saben... No disparen hasta estar sobre el enemigo, nomás arremánguense la manga derecha para no confundirnos y usen solamente las pistolas. Vamos a ver, hijos... ¡Adelante! ¡Viva Carranza!



Partimos como un relámpago; los caballos, excitados, querían aventajarse en una carrera que tenía por meta la cumbre de la loma. El primer aviso nos había paralizado, era la última hora para muchos de nosotros; pero no había remedio, era preferible jugarse la vida con el enemigo y no perderla fusilado por nuestro general. Yo azucé brutalmente a mi caballo y cerré los ojos; cuando los abrí, mi buen cuaco subía la loma como un galgo, pero repentinamente se encabritó y quiso devolverse, por lo que por poco me arroja al suelo; a unos cuantos metros acababan de hacer una descarga cerrada sobre nosotros. Volví a picar con las espuelas a mi caballo, y cuarteándolo con la derecha lo hice saltar un potrero; entonces saqué rápidamente la pistola, ya estábamos entre los villistas, que, pie a tierra, disparaban y corrían, tratando de bajar la loma en sentido opuesto; parece que les habíamos caído cuando estaban desprevenidos. Inmediatamente principió la carnicería; los seguíamos pistola en mano y los hacíamos caer con certeros disparos. Ellos casi no se defendían. Nosotros gritábamos: ¡Viva Carranza! En la confusión, ellos sólo maldecían y trataban de escaparse tirando los rifles. Recuerdo muy bien a uno que perseguía mi asistente: "No te me escaparás, jijo de la... villista". Los proyectiles hacían saltar la tierra atrás y adelante del fugitivo; por fin, éste dió un salto terrible y cayó muerto de un tiro en la cabeza. ¿Qué haces, Ramón? ¡No te bajes del caballo! Le grité yo porque lo veía apearse junto al que acababa de matar. "Mi capitán, cómo quiere que me vaya sin saber qué carga por ay". Comprendí; era la revolución, lo iba a despojar de todo lo que pudiera traer. Pero ya no pude atender a mi asistente; por el lado opuesto de la loma subían en vertiginosa carrera tres largas filas de jinetes. ¡Viva Villa! ¡Muera Carranza! ¡Viva la división del Norte! El crepúsculo enrojecía a los jinetes que agitaban en el aire sus rifles.

"Media vuelta, hijos. Con esos no podemos, no pierdan tiempo, atrás". Y dada la orden volvimos grupas, pero ya era tarde; el enemigo se venía sobre nosotros con la violencia del huracán. Yo encomendé mi alma a la Virgen de Guadalupe y apreté con la mano derecha, en la que empuñaba la pistola, el bolsillo donde llevaba una medalita, recuerdo de mi novia. ¡Siempre a la hora del peligro se acuerda uno de que es católico, qué caramba! Mi caballo, fatigado por la carrera y el ascenso a la loma, me parecía que no corría. Las balas principiaban a levantar el polvo como las primeras gotas de un aguacero. Luego oía gritos que decían: "No les tires a esos jijos de la... carranclanes, mejor los vamos a lazar". Y efectivamente, mientras algunos de los nuestros caían heridos, otros eran sacados de las monturas por el certero lazo de los villistas, que luego los arrastraban para rematarlos al final. El general, que llevaba, naturalmente, mejor caballo que nosotros, nos había precedido, pero repentinamente lo vimos caer junto con el animal. Algunos oficiales fingieron no apercibirse de lo que pasaba, pero yo iba detrás y llegué junto a él cuando ya se levantaba, pues su caballo sólo había caído y luego escapó. Yo me desmonté, ¿qué iba a hacer?, era mi general. "Mil gracias, hijo". Iba a montarse en mi caballo, cuando le gritaron sus asistentes: "Aquí está su caballo, mi general". Como su cuaco era mejor, soltó el mío, diciéndome: "Gracias, hijo. Súbete, que te alcanzan". Entonces pasé los instantes más terribles de mi vida; el general había soltado a unos cuantos pasos de mí el caballo y éste iba a correr asustado por el estrépito del combate. Yo, para no espantarlo, me fuí acercando poco a poco y lo llamé con una voz que no sé de dónde me salió tan persuasiva y dulce: Flor de Durazno... Flor de Durazno..., chiquito..., chiquito..., espera... El caballo me veía y tornaba la cabeza hacia el enemigo, que ya andaba entre nosotros matando; sus belfos espumaban y relinchaba, parando las orejas; pero se dejó agarrar. Entonces me puse de un salto en la silla y cuando me disponía a alejarme, un villista me cerró el paso... "¡Un oficial! ¡Un oficial!", les gritaba a sus compañeros como indicando caza grande... Pero no gritó más porque me fuí sobre él y a quemarropa le disparé no sé cuántos tiros...

Ya ves, ése es mi heroísmo, muchacho; ése es mi maldito heroísmo jijo de la... Mi amigo estaba pálido, aun parecía ver la batalla. A esa hora la hoguera del crepúsculo apagábase, mientras los soldados encendían las suyas por todas partes... Alguno cantaba atizando la lumbre:

Si Adelita se fuera con otro,
le seguiría la huella sin cesar,
en aeroplanos y buques de guerra,
y si se quiere hasta en un tren militar...



ILUSTRACION DE PEDRO ROJAS

EL BALDIO QUE CUIDA EL PERRO

POR

Edmundo Montagne

★

ES un error creer que solamente en las viejas y populosas ciudades de la complicada Europa viven los seres de situaciones morales raras. Cierto es que esta Buenos Aires, de cerca de tres millones de habitantes, tiende a simplificar su alma yanquizándose; pero que existen en ella personas singularísimas, también es cierto.

El caso Donaldi, precisamente, no es un modelo de simplicidad.

Veamos.

Hace tres meses que Donaldi dejó de ser para mí el misterioso paseante solitario.

¿En qué parte del mundo no hay siempre un misterioso paseante solitario? Hasta que se descorre el velo de su misterio, y si queda entonces el solitario es mucho.

Este Rinaldi habla misteriosamente conmigo todas las tardes, me ha revelado el secreto de su vida, y, sin embargo, lo prefería solitario y misterioso como antes.

¡Qué destino perro el suyo! Tan perro como el perro que dió ocasión a nuestra amistad y que le ha servido en sus relatos como ejemplo de su propia persona.

Durante un tiempo fué Donaldi para mí ese hombre joven, de cara marchitada por una pena, de porte algo negligente, que buscaba como yo la plaza para distraerse. Al primer golpe de vista había notado en él un contraste curioso: una zoncera. Sus ropas, sencillas y finas, tenían algo de la pena de su rostro. Sólo sus zapatos alardeaban una impertinente alegría, no porque en ellos se advirtiese un cuidado que su portador no ponía en nada, sino porque siendo de charol espejeaban lindamente.

El misterioso sentábase en un banco apartado. Sus negros ojos de morocho miraban desde allá las flores, los niños correteantes, los hombres y mujeres que cruzaban de regreso del trabajo. Pero esos ojos no dejaban de estar melancólicos un solo instante, ni su mano cesaba de pasar con vago movimiento por la cara, como si quisiera alisarla de las dolientes arrugas que la ajaban. Cansábase de cambiar posición en el asiento. Y de pronto, puesto de pie, parecía lleno de una esperanza de alivio que lo colmaría con solo echarse a andar. Hoy sé bien que mi presentimiento fué cierto. El me veía a mí y se decía: "Este es el contemplador por excelencia, pues se place en mirar, solamente en mirar. Yo también quiero complacerme en el cuadro que veo". Y se ponía a andar. Y llevaba sus manos atrás como un viejo. Y, ¡nada!: volvía a sentarse y a padecer.

He dicho que conversé con Donaldi a causa de un pero. Fué así. Iba yo, con el caer de la tarde, a dar mi vuelta. Anduve dos cuadras. De pronto el misterioso sale de una casa también misteriosa. La fachada de esa casa la constituye un muro pelado de tres metros de alto y en ese muro una pequeña puerta, siempre cerrada.

Sin buscarlos, sin quererlo, marchamos apareados hasta el baldío próximo, donde había un perro de traza y pelaje lobuno, atado a cadena corta. En esos pocos pasos de compañía el paseante se sintió desasosegado y yo también. Hasta que, exclamando a la vista del perro "¡qué barbaridad!", sentimos que la coincidencia de nuestra exclamación había establecido una amistad que hacía tiempo nos veníamos profesando callada y distantemente.

Los dos a un tiempo nos habíamos compadecido del perro.

Una vez esta confesión, otra vez la otra, y siempre como si quisiera hacerse perdonar de mí su aspecto funerario, Donaldi me refirió poco a poco su suerte. El era como el perro del baldío. En otros tiempos cuidaba o amaba, que es igual, las bellas prendas del alma de una mujer. Esa alma ha quedado sin ninguna belleza y con todas las inmundicias imaginables, no sospechadas antes. Es como el baldío que cuida el perro. En él se veían, años atrás, conejos blancos, un gallo tornasol de pechuga dorada y cresta roja, señor en medio de pomposas gallinas, un colmenar zumbante de fecundas abejas. El perro tenía allí su explicación; pero no la tiene ahora que todo aquello no existe y que el baldío muestra solamente gallineros y colmenares convertidos en negruscas maderas desperdigadas y en que toda suerte de residuos son arrojados en el hueco por el vecindario. No se explica el perro, que, debido a la cadena corta que lo ata a su estaca, chapalea una mañana fría las aguas detenidas en su radio o busca un mediodía calcinante, y lo busca en vano, sombra y aire fuera de su miserable caseta que arde... Y el perro sigue cuidando, ¿el qué?... Va y viene vivaz, y alza el hocico y lanza un par de ladridos ante todo el que pasa junto al cerco.

—Pero a mí no me tiene atado nadie, señor, nadie. ¡Y sigo cuidando un saco de inmundicias!

—¡Señor Donaldi!

—No me desdigo: una bolsa de inmundicias... ¡Qué infamia la mía!

Con exclamaciones estupendas como ésta rompía mi amigo la forma figurada de sus primeras confesiones, y quedaba, los ojos húmedos, fija la mirada rabiosa en un punto distante.

Si el perro no le sirvió de pronto de acabadísimo ejemplo de sí mismo, ya lo sería más adelante. En cambio el baldío inmundo era desde luego su mujer de alma vacía y cuerpo emporcado. Porque antes, como el hueco, tuvo abejas, que lo fueron sus deseos de extraer de lo bello de la existencia las dulzuras que a él le brindaba; tuvo conejos blancos, que lo fueron el candor y la inocencia que había en el fondo de su anhelo de vida; tuvo, en fin, hasta el orgullo de sus méritos, cuando en una vislumbre los comprendía, y entonces aquel carácter de mujer se erguía y ostentaba con la hermosura del gallo tornasol de pechuga dorada y cresta hermosa.

Pero, como dejo dicho, Donaldi fué abandonando el lenguaje figurado y habló con crudeza. Su mujer, a la que no lo ligaba convenio matrimonial alguno, no sólo no era por esa razón su mujer, sino que no era persona, era un ser abominable. Habíase degradado en pocos años, llevada al principio de una así como furia por conocer los vicios innominables, y harta ya de ver que todo era poco para su degradación, continuó, como continúa hasta el día, hecha un monstruo, sumida en el sopor del alcohol.

—Yo mismo le llevo el aguardiente que aborrezco: aguardiente puro. Esta es la forma de que no se me escape y la tenga que ir a sacar a duras penas de algún tugurio crapuloso. Desde que vivo en este barrio de trabajadores, del que ella ignora la ubicación, abrigo la esperanza de que no saldrá más. Aquí no tendría vagabunda ni vagabundo con quien juntarse. Quizá sospecha esto, a pesar de su embrutecimiento. En fin, que estar ebria constantemente es lo menos malo que puede hacer.

Así compendió Donaldi la situación de la desdichada: una desdichada: una desdichada que confesaba serlo por culpa de él solamente, ya que él no quería abandonarla para siempre.

—¡Cuándo no te tendré a mi lado, para ser libre y dueña de mí! — solía reprocharle, agregando las palabrotas más soeces.

Donaldi creía ver en la prudencia con que yo recibía sus confesiones, una elevada comprensión perdonadora. Proporcionábale alivio y consuelo el hacérmelas. Un día me comunicaba que había recibido una esquela de su madre llamándolo a participar de alguna fiesta tradicional del hogar.

Enternecido y radiante me leía las líneas. Y agregaba en seco: "no iré. Ella podría escaparse". Otro día decíame que acababa de ser llamado por el ministro. Este ministro, de Relaciones Exteriores, medio pariente suyo, era quien más se empeñaba en hacer que Donaldi no destruyera su carrera diplomática halagüeñamente comenzada.

—Siempre tiene reservado para mí un cargo, hoy en Niza, mañana en Sevilla, luego en Florencia...

Donaldi llegó una tarde hasta mi banco con desconocida expresión de deslumbramiento, al par que de timidez. ¿Le destruiría yo su contento, no obstante ser con él tan bueno?, era lo que parecía expresar.

Se animó al fin y me dijo:

—¡Ahora está suelto!

—¿Suelto? ¿Quién?

—¡El perro!

Yo también había visto así al perro del baldío. Hacía días que estaba desatado y con el portillo del cerco abierto, ¡y no se iba! ¡Seguía cuidando aquel montón de basuras!

La impaciencia casi alegre que se veía en Donaldi era para mí cosa nueva. Logró hacerme regresar más temprano a casa para que viéramos juntos el prodigio. Lo ocupaba el sentir de que él también debía de ser comprendido como aquel perro de fidelidad absurda en quien al cabo se personificaba por entero.

El animal, como él, estaba suelto y no se iba de la inmundicia, no dejaba de cuidar su pudridero.

Ilustración de

Juan Sorazábal

★

Cuando nos acercábamos allí, el perro, perfecto lobo, iba y venía en la vereda de barro frente al portillo, moviendo la cola, deteniéndose, parando las orejas, chispeantes los ojos. Su boca medio abierta, gozosamente jadeante, parecía una roja llama entre el hocico negrusco.

Yo ví que Donaldi sintió asco al percibir el hedor proveniente del baldío. Lo ví ponerse triste y luego torvo así que nos aproximábamos al perro, quien a su vez, quieto de golpe en medio del portillo, nos aguardó gruñendo.

Llegado allí, Donaldi exclamó furibundo: "¡qué miserable!" Y arremetió a patadas con el animal. Este rugiente, abalanzado sobre su agresor, clavó repetidas veces los colmillos en las piernas, uno de cuyos zapatos fué a caer en el barro y el otro permaneció rajado de lado a lado, en su pie. Eficazmente, al fin, interpuse yo mi bastón de amenaza y de paz entre perro y persona. Y cuando me volví hacia Donaldi, que sabía salido de la lucha con los pantalones desgarrados y las piernas sangrantes, vi que, rengueando, deseoso de meterse cuanto antes en su casa, sostenía un nuevo combate. Forcejaba por abrir la puerta hasta poder pasar por ella. En cambio, una rubia de cara repulsivamente abotagada, pujaba contrariamente por cerrar afuera a Donaldi, arrojándolo además con insultos:

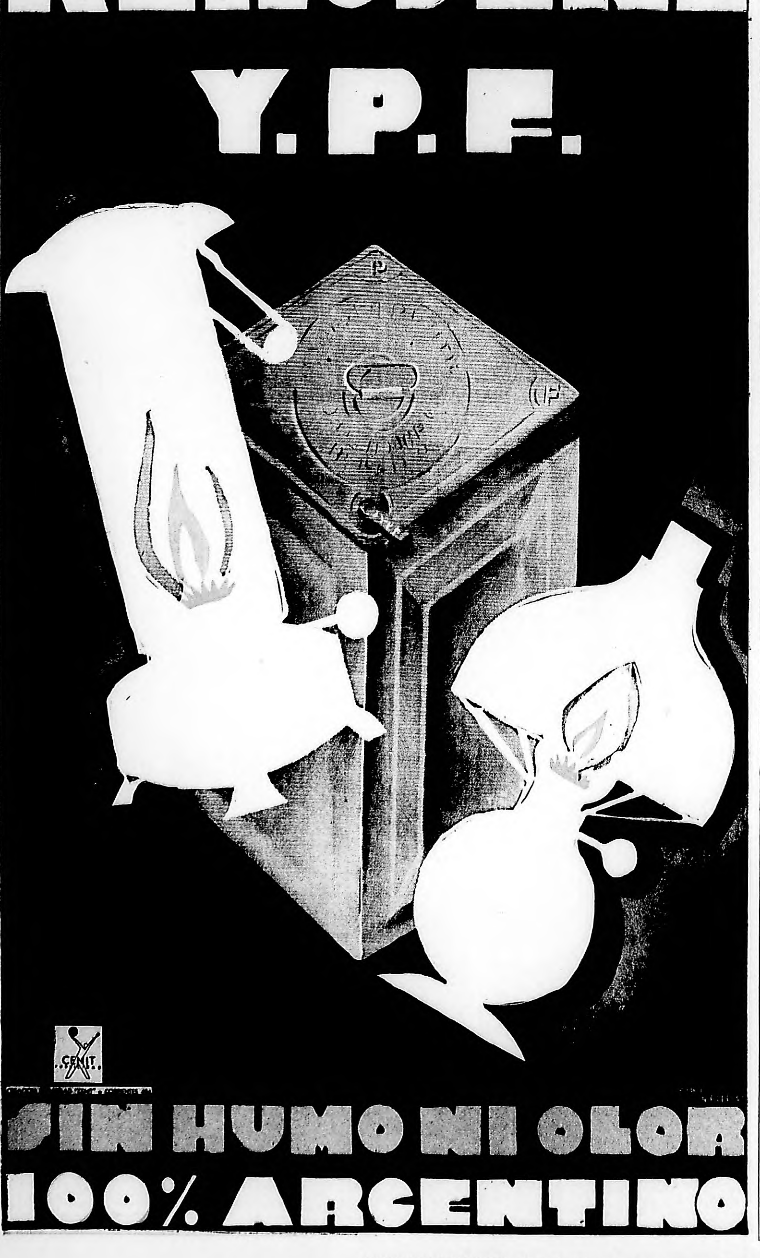
—¡A la calle, a la calle, porquería!

A un trastabilleo de la mujer monstruo, Donaldi entró, y en su rostro, que volvió hacia mí para despedirse, ví un gran gozo, un gran gozo para el que esperaba más que nunca mi comprensión.

Ese inmenso regocijo en su rostro, por haber podido entrar, no lo olvidaré jamás.

Y el problema de este hombre, después de aquella escena en que se odió súbitamente en el perro, ha quedado suspendido, acaso para que ayuden ustedes a resolverlo, si es que mi amistad con Donaldi no me brinda al cabo la solución.

El perro fué retirado al fin por su amo. Y el zapato de mi amigo, símbolo de una vida de recepciones y fiestas diplomáticas perdidas para siempre, brilló unos días asomando su punta en la superficie del charco, pero hoy no se le reconoce ya, ganado como se halla por el verdor del tapiz que cubre las infectas aguas.



ALARME A SUS AMIGOS

TEODORO Wolff —aquel matemático de Berlín que en 1926 publicó *El problema de las dimensiones* y en 1929 *El certamen con la Tortuga*— acaba de inventar un otro problema, cuyo resultado inmediato es la humillación del interlocutor, o interlocutores, la consternación y el asombro. Se trata de un pequeño experimento práctico de suma (y traicionera) facilidad, seguido de un experimento mental de resolución increíble. El primero requiere la presencia de una manzana (que puede ser también una mandarina o un jabón Pears o un mingo de billar o un bolón o cualquier otra esfera) así como de un metro y de un piolín. Una vez requisados los objetos, se ciñe la manzana con el piolín hasta que éste quede tirante. Luego se añade 1 metro a la longitud del piolín y se lo dispone concéntricamente alrededor de la manzana. Si no hay error en esta operación, habrá unos diez y seis centímetros entre la superficie de la manzana y la circunferencia trazada por el piolín, que ahora tendrá unas cinco veces el primitivo largor.

Aquí termina la parte experimental del problema, nada escandalosa por cierto, si bien aconsejamos conservar el metro y el piolín, para conjurar inmediatas reclamaciones y proceder a la pacificación de los ánimos. Queda la parte ideal.

Imaginemos otra cuerda tirante que da la vuelta al mundo, rozando la superficie del mar y bien ajustado contra la Tierra. Ese piolín imaginario (cuyo nombre oficial es el Ecuador) tendrá una longitud de 40 millones de metros. A esa largura inconcebible agreguemos 1 metro. El metro adicional aflojará, siquiera infinitésimalmente, la monstruosa cuerda tendida alrededor del globo, desde el Victoria Nyanza hasta el Amazonas, de las Islas Galápagos a Borneo. Dicho sea con otras palabras: esa equivocación o yapa de un metro deberá influir, claro que en grado mínimo, sobre todos los puntos del recorrido, hasta despegar la cuerda del suelo. El problema es éste: ¿Por el intersticio que queda libre, puede meter un hombre la mano?

La solución

No únicamente la mano abierta sino el puño puede meter un hombre, ya que el espacio libre entre esfera y cuerda es el mismo en el caso de la Tierra que en el de la manzana: es decir, 16 centímetros.

El desorientado lector argüirá que no está disponible el globo terráqueo, pero algunos experimentos caseros con una bolita, con una mesa redonda y con un barril, le demostrarán que el mundo es maravilloso y que la distancia no cambia: 16 centímetros.

La longitud de una circunferencia es igual a 2 multiplicado por el radio, multiplicado por pi, o sea:

$$2\ r\ 3{,}141592\ \ldots + 1$$

Si añado un metro, obtengo una segunda circunferencia cuya longitud será la que sigue:

$$2\ r\ 3{,}141592\ \ldots + 1$$

La longitud del nuevo radio será:

$$\frac{2\ r\ 3{,}141592\ \ldots}{2 \times 3{,}141592\ldots}$$

O sea:

$$r + \frac{1}{2 \times 3{,}141592\ldots}$$

Eso nos da una diferencia constante de:

$$\frac{1}{2 \times 3{,}141592\ldots}$$

O sea de 0.16 o 16 centímetros.

Un consuelo final

Recuerde el agraviado lector que si parece imperceptible agregar 1 metro a 40 millones de metros, también lo es agregar 16 centímetros a 6 millones trescientos setenta mil metros, que es el radio terrestr

Ante Todo, su Loulou

★

POR

R. Rodríguez Zelada

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

★

Me voy a ocupar de un tema de gran importancia, del cual depende la tranquilidad de muchos espíritus delicados. Haré algunas observaciones sobre la crianza y conservación de los lulús de Pomerania.

El lulú o loulou, como les llamaría Sarmiento o cualquier persona que sienta bronca por los que no pronuncian las palabras extranjeras tal cual como se escriben, son esos perritos con cuatro patitas y una cola; una boquita roja como si se la pintasen con rouge y en la cual esconden unos colmillos puntiagudos como alfileres, además de una lengua más ágil que la de una encargada de casa de departamentos.

Son de nacionalidad alemana, o mejor dicho, actualmente súbditos de Hitler, pues, como su apellido lo indica, proceden de Pomerania, una pequeña provincia de la Prusia.

Para que no los confundan, creo que con estas explicaciones basta. Por otra parte, los lulús constituyen actualmente una verdadera plaga en Buenos Aires. Una plaga más vasta que la de los pordioseros o desocupados, con la diferencia de que estos últimos, como son feos y mal olientes, han tenido que irse a vivir al puerto o al bajo Belgrano y de allí no los dejan salir los vigilantes por razones de estética urbana, mientras que los lulús son llevados triunfantes por sus dueñas o felices propietarios, por el rosedal de Palermo, la calle Florida, la plaza Francia y todos los demás lugares aristocráticos de nuestra ciudad.

La buena crianza de los lulús de Pomerania mantiene inquietas, quizá, a la mayoría de nuestras matronas. Nuestras gloriosas matronas, por cuyas venas corre la misma sangre noble de aquellas no menos heroicas que abrasaban con agua hervida a los jonis cuando de puro guapos que eran, pretendieron despojar de Buenos Aires a nuestros progenitores los galaicos; de aquellas que luego entregaron sus joyas para que pudiese ser equipado el ejército que libertó a Chile y al Perú.

Ahora, como por desgracia no estamos en guerra, ¿qué podían hacer nuestras damas con tanto espíritu de sacrificio y con el corazón más grande del mundo? Lógicamente las señoras tenían que ocupar en algo su tiempo y no podían gastarlo mejor que dedicándose a los lulús de Pomerania. Perritos que son el orgullo de los hogares que no han caído en la vulgar debilidad de tener chicos propios o ajenos. Y conste que digo debilidad, porque actualmente tener hijos es una debilidad. Frutos de descuido. Sólo los espíritus retrógrados y enemigos del progreso pueden ser aun partidarios de la maternidad. Por otra parte, es muy distinguido salir a la calle luciendo un falderillo de reluciente piel, colgado por el pescuezo de una cadenita de metal fino, que los 25 de mayo y los 9 de julio puede reemplazarse por una cinta con los colores de nuestra bandera.

En cambio, cuan antiestético es transitar con un robusto purrete a cuestas. Un purrete que siempre ofrece el peligro de arruinarle la elegancia a la mamá manchándole el vestido o poniéndose a chillar en el ómnibus, con las maldiciones del guarda, del chauffeur y de todos los pasajeros.

La Argentina podrá mostrarse orgullosa ante el mundo el día en que consiga tener los lulus más lindos. Ello será la prueba de que hemos llegado a un grado superior de refinamiento y cultura. Recuérdese, que en la Roma de los Césares, en su época de más lustre, durante los días de continua milonga y en que el populacho ruin había sido arrojado lejos de los palacios, hasta los lictores andaban seguidos de diminutos caninos. El mismo Calígula, no sólo se enorgullecía de su caballo "Insitatus", sino que también acudía a los banquetes rodeado de los perritos más hermosos de todo el imperio.

Nosotros, ¿por qué no hemos de poder aproximarnos a esa civilización aun no superada? ¿Acaso nos faltan condiciones? ¿Por qué no hemos de poder ver en todos nuestros palacios administrativos y legislativos, una dependencia dedicada al cuidado de los lulús, de los sabios hombres públicos, mientras ellos cumplen con sus sagradas funciones?

Pues bien. Vamos al grano. Digamos de una vez cómo se hace para que crezcan lindos como un querubín estos perritos tan útiles y amables para la sociedad.

En primer lugar, conviene que se los mantenga en lugares con mucho sol y aire. No se



le vaya a ocurrir llevarlos a alguna casa de inquilinato, porque, en ese caso, podrían juntarse con los pibes de los vecinos. Esos chicos [illegible] y mal educados, es fácil le contagien enfermedades nocivas para la salud. Ustedes, señoras, sabrán que sobre todo en esta época, en las casas de inquilinato casi todos los chicos están enfermos de sarampión, escarlatina o varicela. De manera que conviene tener mucho cuidado de que su perrito, aunque más no sea, en un descuido, se introduzca en el zaguán de uno de esos peligrosos antros que rara es la cuadra de nuestra capital en que no existan.

En la habitación donde permanezca su lulú sería conveniente de que haya floreros con flores frescas, pero hay que tener especial cuidado en retirarlas de noche.

La cama de su mimado falderillo debe ser de algodón y las sábanas de seda blanca. Así será posible saber cuando están sucias. Si su marido gana más de quinientos pesos por mes, podría cambiarle la ropa de cama diariamente. Pese a esto, no debe dejar pasar un solo día sin sacarlo a que tome un poco de sol y aire puro al paseo más próximo a su residencia. Pero, vuelvo a repetirlo: ¡cuidadito con los chicos de la casa de inquilinato! Si usted ve que alguno de estos molestos y perniciosos purretes se aproximan a su perrito, asiéntele no más un coscorrón con todas sus fuerzas. Y si insiste, llame al vigilante para que los corra de la plaza.

Es necesario que comencemos a estudiar seriamente y en una forma científica a la vez que casera, la procreación y crianza de los lulús de Pomerania.

Ante todo, conviene que nadie tenga en su casa lulús solteros. Existen muchas personas despreocupadas, que tienen condenados al eterno celibato a perritos o perritas que podrían ser la gloria de la raza... canina. Es así como se malogran como reproductores y no vienen al mundo innumerables cachorros que podrían disminuir el brillo de la aureola triunfal del finado Botafogo y de Leguisamo.

Y no sólo es necesario que se tenga en todas partes un matrimonio de lulús, sino que también conviene que se les proporcione una vida sana y abudante, a fin de que no ocurra que luego los hijos salgan enclenques o con deformaciones físicas desagradables, como es tan frecuente ver en las familias proletarias, que a consecuecia de su mala alimentación y que viven en habitaciones poco higiénicas, arrojan al mundo seres que avergüenzan al género humano. ¡Ello no debe ocurrir con los lulús! Las buenas matronas, que con tanta dedicación se han dado a su protección y fomento, tienen que cuidar de que los animalitos coman por lo menos cuatro veces al día.

A la mañana, tan pronto como el perrito haga oir sus primeros ladridos del día, que siempre son producidos por el hambre, usted o la sirvienta, a la que haya confiado su cuidado, debe servirle una taza de leche cocida o pasteurizada. En caso de que el animalito demostrase cierta resistencia en beberla, usted debe probarla en el mismo pocillo para infundirle confianza y emularle el apetito

La segunda alimentación de su perrito debe ser a las 10.30 de la mañana. Puede comer entonces de todo, con excepción de carne de vaca. Es recomendable la carne de aves, de faisanes en especial, o caviar Chatobrian.

La tercera comida debe realizarse más o menos a las 15.45, una vez que el animalito haya realizado su imprescindible paseo vespertino, el cual no hay que suspender aun en los días de lluvia, en que se lo puede sacar en automóvil o, en el peor de los casos, protegido por un paraguas.

La última suministresele a las 19, y una vez terminada ella, es de gran importancia que se le haga oir un poco de música a fin de que pueda realizar una digestión armónica.

Así su perrito crecerá sano y podrá reproducir bien. Será un animalito tranquilo, amigo del orden y de sus amos; de lo contrario no sería raro que sea como esos sujetos de las fábricas, malolientes e insatisfechos, enemigos de la sociedad, que viven hablando de huelgas y complots.

Por ahora, con esto termino mis ligeras instrucciones sobre la crianza y conservación de los lulús de Pomerania, acerca de lo cual seré el primer sabio del país que producirá un minucioso tratado.

Pero, mientras, adelantaré una importante recomendación: Señora, si se le enferma su perrito, como aun no he podido explicarle la manera de curarlos, mándelo a la Facultad de Veterinaria. Allí tienen una envidiable enfermería, en la cual se lo dejarán como nuevo por la módica suma de diez pesos diarios de pensión.

No vaya a incurrir en la insensatez de entregarlo a la Asistencia Pública o al Hospital de Niños, como hacen muchas madres desnaturalizadas, porque entonces puede irse despidiendo de su idolatrado "Bijou", "Baby", "Mimí" o como usted le llame.



Peloponeso y Jazmín  por Hamlim













































